

AL OTRO LADO DEL UNIVERSO

VIC ADAMS



CAPÍTULO I

—El jefe te espera, Ned.

Ned Stacey —un metro noventa del más sagaz periodista que jamás estuviera en la plantilla de la UPI— clavó sus negros ojos en la puerta hacia la que, inconscientemente, había señalado con la cabeza el que acababa de darle el recado.

—¿No sabes lo que quiere? —preguntó, receloso—. Acabo de cumplir una jornada ininterrumpida de setenta y dos horas, Chuck...

—Lo sé, hijo, lo sé —el viejo Chuck asintió comprensivamente al captar el tono lastimero del reportero—. Aquí tengo los despachos que has estado enviando todo ese tiempo... y me asombraría que te llevara menos de otras cinco o seis el ordenarlos en forma inteligible. De modo que ¡paciencia, muchacho! Entra, soporta el *rollo*, envíalo al cuerno si te encarga otra cosa... y ¡a seguir trabajando!

Ned se encogió resignadamente de hombros. Eran los gajes de la

profesión que había elegido por su propia voluntad, sin que nadie le obligara. Ahora ya no era tiempo de volverse atrás… y tampoco él lo hubiera hecho de sugerírselo alguien. A pesar de todo, le apasionaba el oficio.

Entró sin ceremonia alguna en el despacho del redactor jefe. Sentándose en el borde de la mesa repleta do papeles, para lo que hubo de apartar un montón de ellos, tomó un cigarrillo del paquete que quedaba a su alcance y expelió una nube de humo hacia el hombre que se balanceaba sobre una antiquísima silla giratoria.

—Bien, Dave. Aquí estoy. Chuck me ha dicho que querías verme.

—Hay trabajo, Ned. Algo que únicamente tú puedes hacer a satisfacción.

—Con eso no me dices nada —aspiró otra vez el humo del pitillo, apuntando con el dedo índice a su superior—. Veamos: Ned Stacey es el hombre que todo lo puede, que todo lo averigua, el comodín de la casa… ¿De qué se trata ahora? No… —atajó la frase que iba a brotar de los labios del otro—: Déjame que lo adivine: ¿Averiguar por qué, al cabo de cincuenta años de no haberse visto ni una, ha surgido de pronto una epidemia de ratas en la punta Sur de Long Island…? No, no es eso. Quizá se trate de realizar una encuesta en Alfa Centauro B III, para que sus habitantes nos digan si el servicio semanal de pasajeros con Phecda II es suficiente o habría que incrementarlo en un dos por ciento a causa de…

—Déjate de bromas, muchacho —le interrumpió Dave en voz baja, pero lo suficientemente tensa para impresionarle—. No me agrada en absoluto lo que voy a encomendarte… ni a ti te hará gracia tampoco. Pero alguien ha de hacerlo, y tú eres el más apto.

—Como de costumbre —murmuró Stacey modestamente. Alzó la cabeza—. Bien. Dispara ya.

—Puedes negarte, claro —advirtió el otro—. Nadie te va a reprochar…

—¡Al grano! Sabes de sobra que no me voy a echar atrás; de modo que ahorra palabras.

—Como quieras —el hombre pareció encogerse en su silla, como buscando que la tierra lo tragara antes que hacerle semejante *faena* a un buen amigo—. Te vas a enrolar en la Guardia Espacial como corresponsal de guerra, y…

—¡Ni hablar! —Ned se puso en pie, arrojando a un rincón el

cigarrillo a medio consumir—. ¡Paso por todo lo que sea, menos eso! ¿Por quién me habéis tomado? ¡Me voy a casa, y no esperes verme más por aquí!

Dave aguardó con paciencia. Conocía de sobra a Stacey para que aquel estallido pudiera tomarse como definitiva respuesta. Con la astuta estrategia de quien ha pechado infinidad de veces con situaciones semejantes, esperó el momento oportuno para deslizar unas palabras en medio del torrente de imprecaciones que soltaba el otro sin parar.

—Ya te lo he dicho, Ned —recordó humildemente—. No tienes ninguna obligación de hacerlo. Lo lamento. Buscaremos a...

—¡Tú no buscarás a nadie! ¿Cuándo salgo?

—No, no. De ninguna manera, yo...

—¿¿Cuándo salgo?? —súbitamente, Stacey dejó de gritar. Su moreno rostro dibujó una alegre sonrisa y envió un cariñoso papirotazo al pescuezo de su jefe—, ¿Se lo has dicho ya a Lucy?

—Ella también va. Es una operación conjunta de la PRESS y no... por encargo de cierto organismo oficial.

—¡No, por favor! ¡Suéltalo todo de una vez y permíteme que quede tranquilo!

—Se trata de lo siguiente: hace unos diez años, poco más o menos, una de nuestras naves exploradoras, el *Magellan VII*, desapareció sin dejar rastro.

—Eso es cosa corriente —dijo Stacey—. Prácticamente, ocurre todos los días. Nadie hace caso cuando tenemos cientos de ellos en misión de busca de planetas aprovechables para algo.

—Exacto —asintió Dave—. Pero la cosa empieza a tener poca gracia cuando resulta que la expedición de rescate, compuesta por tres aparatos de la misma serie, el XIV, el XXII y el XXIII, se esfumaron de igual forma. Nadie ha vuelto a saber de ninguno de los cuatro.

—Ya empieza a ser raro, desde luego... —convino Ned.

—Y el misterio aumenta cuando, con el transcurso tiempo, nos encontramos con que en un sector de unos cinco mil años—luz de diámetro, a contar desde el borde opuesto de la Galaxia al en que nos encontramos en este momento, está, como quien dice, prohibida la entrada para nosotros: naves exploradoras y de combate, enviadas para investigar... incluso algún contrabandista que se

deslizó allí por error. Nadie ha logrado salir para decirnos qué ocurre en aquella sección.

—¿Y los habitantes de los planetas ya colonizados?

—No los hay. Todo el mundo daba por sentado que la Vía Láctea entera era nuestra: no es cierto. Allí no habíamos llegado todavía... lo cual quiere decir que ignoramos lo que hay, tanto de bueno como de malo. El misterio es completo, ya que no se puede siquiera tratar de adivinar por eliminación. No podemos eliminar nada, puesto que nada sabemos.

—Lo extraño es que la noticia no haya transcendido.

—Se tuvo buen cuidado en ello, para no alarmar a la gente. Ahora se intenta realizar otra exploración con un crucero de último modelo, especialmente equipado para hacer frente a todas las eventualidades que han pasado por la imaginación de nuestros más prolíficos cerebros.

—Y ¿qué misión cumplimos en ella mi mujer y yo? Porque no irás a decirme que, de pronto, les ha dado a nuestros altos poderes por publicar a bombo y platillo que nuestra todopoderosa raza no lo es tanto como se nos había hecho creer...

—No, desde luego —sonrió Dave—. Vosotros formáis parte de ese equipo diseñado para hacer frente a imprevistos.

Ned frunció el ceño, tomando automáticamente otro cigarrillo.

—No comprendo... Nosotros no somos otra cusa que unos simples informadores. Explícate.

Arrellanándose en su silla, Dave imitó a Ned en sus intentos de saturar de humo la atmósfera de la habitación, pese a los aparatos purificado res de aire.

Luego prosiguió:

—Hace una semana, Geoffrey y yo recibimos una invitación para que pasáramos, juntos, por la oficina de Gam Turis. Ya le conoces...

—Si. El Coordinador General de los Servicios Secretos militares. ¿Qué quería de los redactores—jefes de la UPI y la PRESS?

—Eso nos preguntábamos nosotros. Resumiendo: nos informó de lo que acabo de decirte. A continuación nos hizo la propuesta de que enviáramos a nuestros mejores hombres en su ayuda. Misión estrictamente voluntaria, tuvo buen cuidado en recalcar,

—Ya, ya... —replicó Ned sardónicamente.

—Nos hizo ver que, tanto los militares profesionales como los

que dependían más o menos directamente de él, estaban mecanizados, automatizados diría mejor, por las ordenanzas. Son inmejorables cuando se trata de apresar a una banda de contrabandistas, decidir la mejor forma de enfrentarse a lo desconocido en un planeta recién descubierto, cuyas particularidades se ignoran, o vérselas con una flota de insurrectos descontentos, de cualquier rincón de la Galaxia. Todo eso está previsto en una u otra parte: la experiencia de siglos nos ha enseñado a resolver esos problemas con rapidez y limpieza… o esperar cuando se trata de entrar en contacto con formas de vida más o menos inteligentes y se hace necesario un compás de adaptación por su parte.

Hizo una pausa. Stacey sabía que no se esperaba observación alguna de él. No la hizo, limitándose a esperar.

—Todas esas cosas las estudian nuestros hombres del espacio: forman parte de varias de las más importantes asignaturas —continuó Dave—. Sin ellas bien sabidas hasta que llegan a formar parte integrante de sus mentalidades, ningún aspirante a astronauta logrará jamás despegar sus pies de un planeta, a no ser como pasajero. Y eso, justamente, es lo que convierte a todos ellos en los autómatas de que antes te he hablado: son incapaces de tomar una decisión rápida ante lo imprevisto, de actuar con soltura por su propia cuenta. Creo que tú sabes algo al respecto, Ned.

Éste asintió.

—Parece —dijo— que Gam Turis haya reflexionado un poco sobre cierto artículo mío en el que ya hablaba de los inconvenientes que podría traer en ocasiones la excesiva uniformidad en los estudios militares. Uno de ellos es la carencia de iniciativas en situaciones anormales de emergencia.

—Has acertado —confirmó Dave—. Su Excelencia ha tenido ocasión de estudiar tu análisis… y la consecuencia es que quiere que demuestres lo correcto de tus observaciones.

—O sea… —insinuó Stacey.

—… que pretende introducir en la expedición una especie de factor de seguridad que supla los fallos de los militares profesionales. Desde el principio hasta el final os vais a encontrar enfrentados a lo desconocido… a no ser que las suposiciones resulten en una falsa alarma.

—¿Por qué? ¿Qué se supone al respecto?

—La opinión más generalizada es que existe allí una raza inteligente, autóctona o procedente de otra galaxia, que domina el sector. O sea, un imperio antagónico al nuestro. Y una fuerza capaz de controlar un volumen de cerca de sesenta y seis mil años—luz cúbicos es algo muy digno de tenerse en cuenta. Nosotros mismos, con todas nuestras colosales posibilidades, no podríamos, a efectos prácticos, mantener absolutamente impenetrable una extensión tal. ¿Comprendes a dónde va a parar el razonamiento?

—Es obvio: el peligro de que esos desconocidos vecinos, de quienes no teníamos noticia hasta ahora, se den cuenta de la ventaja que poseen sobre nosotros. De ahí a que, si razonan en la forma codiciosa de la mayor parte de humanos y humanoides, comiencen a sentir afanes expansionistas a nuestra costa, no hay más que un paso.

—¡Diana! —sonrió Dave sin demasiada alegría.

—Y nuestra, misión consiste...

—No habrá órdenes explícitas. Únicamente directrices generales... basadas en ese supuesto de que te he hablado. Una vez descubierto el origen del misterio, quedará a vuestro arbitrio el luchar contra él o retroceder; entablar negociaciones amistosas o pedir ayuda a la flota que estará esperando para prestarla en un lugar próximo al inicio del *espacio prohibido*, como se le ha llamado.

Ned miró con ojos entornados el corto extremo del cigarrillo que tenía entre los dedos. Con ademán ausente lo arrojó a hacer compañía a su predecesor, tomó otro del paquete y fue a acomodarse en una de las butacas funcionales que formaban parte del mobiliario. La suave espuma del acolchado se amoldó a su cuerpo exactamente, permitiéndole un descanso del que tan necesitado estaba.

Suspiró. Hubiera querido cerrar los ojos en aquel mismo instante, pero en lugar de ello dio una chupada al nuevo cigarrillo. La punta se encendió al contacto del producto químico que la impregnaba, con la corriente de aire.

—No acabo de entender el papel que jugaremos Lucila y yo en ese tinglado —comentó—. ¿En calidad de qué vamos a ir?

—Corno consejeros, ya te lo he dicho. Seréis una especie de fábrica de ideas originales cuando la situación se presente

demasiado confusa para las rectilíneas mentes militares. A cambio de eso nuestras Agencias obtendrán la exclusiva informativa de la expedición.

Con una sonrisa, Ned lanzó un par de anillos concéntricos de humo hacia el techo.

—Si regresamos para traer esos reportajes. Pero no es a eso a lo que me refería al hacer la pregunta, sino a otra cosa: ¿qué posición ocuparemos en la… digamos *escala social* de la nave? ¿Cuál será nuestra jerarquía a bordo?

—Ninguna —negó Dave con la cabeza—. La clasificación oficial es la de *pasajeros privilegiados*. Exentos de toda obligación militar, puede decirse así, y con el simple derecho a tener una especie de ordenanza—guía, miembro de la propia tripulación, pero que estará libre de todo servicio ajeno a vosotros mismos. Gozaréis de libre acceso a todos los departamentos y personas de la nave, incluso el capitán. Éste vendrá obligado a convocaros cuando lo haga con sus oficiales, y permitir que intervengáis en las discusiones… Que planteéis cada cuestión según vuestro punto de vista, ofreciendo las soluciones que os parezca…

—Sí, comprendo —suplió Ned al verle detenerse—. Pero con pleno derecho a no hacernos el menor caso. No te molestes en dorar la píldora, Dave.

Éste asintió gravemente.

—Esa es, poco más o menos, la idea.

—No interesa. Prefiero ser lo que soy en realidad: un simple reportero.

Dando un tremendo puñetazo en la mesa, Dave se medio incorporó en su silla.

—¡Eso mismo le dijimos Geoffrey y yo a Turis! Se mostró muy comprensivo, muy… muy de nuestra parte; pero, por toda respuesta, nos informó que e1 Alto Mando no transigiría con un poder civil asociado al militar a bordo de una nave de combate. Que las ordenanzas, etcétera, etcétera… En fin: así está la cosa. La decisión queda en vuestras manos.

—Vuelvo al principio: ¿Qué ha dicho Lucy?

—Su entrevista con Geoffrey, a la que asistí como observador, fue muy parecida a ésta. Se explica que acabarais casándoos, pese a la competencia profesional y todas esas zarandajas, porque dudo

pudiera hallarse una pareja más identificada en su forma de pensar,

Ned Stacey era modesto en el fondo. Lo demostró con su humilde réplica a la observación de Dave:

—Lucila es la mujer más inteligente que he conocido. La única —agregó sin el más leve rubor— merecedora de verse elevada a la categoría de *señora de Stacey*. Mi formidable intelecto no hubiera transigido con menos, so pena de correr el riesgo de desintegrarse.

—Una violeta resulta fatua a tu lado, hijo mío —dijo zumbonamente el redactor jefe—. Eso me indica que aceptas la misión, puesto que no la consideras más allá de tus fuerzas.

—No hay cosa imposible para mí, gran señor —Ned se puso en pie, alzando el brazo en cómico saludo—. Cuando Gam Turis puso en tu cabezota la luminosa idea de arrastrarme a una aventura imposible, al otro lado de la Galaxia, sabías que contabas conmigo: no resisto un desafío.

CAPÍTULO II

—¡Es fantástico! —susurró Lucila Stacey, aferrándose al brazo de su marido, mientras se acercaban al crucero a bordo de la pequeña navecilla.

El *Achilles* no respondía a la clásica forma ahusada que suele describirse normalmente como prototipo de una nave espacial: su enorme casco, sensiblemente esférico, y de un diámetro que Ned calculó en no menos de doscientos cincuenta o trescientos metros, aparecía erizado de protuberancias cónicas, cuadrangulares y cilíndricas, cuyo objeto no comprendió el periodista de momento, aunque imaginó que, en su mayor parte, corresponderían a escotillas para el acceso de personal y naves auxiliares. Pero lo más asombroso era la tupida red de filamentos metálicos que la envolvía por completo, formando varias capas a una distancia de unos veinte metros de la durísima coraza de *diasteel.*

—¿Para qué diablos servirá esa especie de telaraña? —murmuró, no esperando obtener respuesta.

—Eso quisiéramos saber nosotros también, señor —dijo el piloto, volviéndose ligeramente—. Como usted sabe, el *Achilles* acababa de salir de los astilleros, y la tripulación ha sido reclutada entre lo mejorcito de la Armada, aunque me esté mal el decirlo, puesto que formo parte de ella. Pues bien, nadie ha podido enterarse de lo más mínimo acerca del funcionamiento de la nave ni cuál va a ser nuestra primera misión. Todos suponemos, sin embargo, que se tratará de una salida de entrenamiento para comprobar cómo funciona.

Stacey hubiera podido desengañarle. No lo hizo, pues sus instrucciones eran de callar. Por distraer el tiempo, aventuró:

—Pero los oficiales, al menos, tendrán una idea...

—Es de suponer que funciona en forma semejante a la mayoría. Fuera de eso no creo que sepan más que nosotros... —hizo una pausa—. Perdone, señor Stacey. He de atender a la maniobra.

Las mallas de la múltiple red, vistas de cerca, dejaban espacio holgado para que, a través de ellas, pasara el pequeño aparato que los conducía. No obstante, el piloto tuvo que desviarse varias veces, pues las aberturas no coincidían.

—¡Vaya lata! —comentó él periodista—. Esto es lo mismo que

navegar por una costa llena de rompientes: si uno no conoce el terreno como la palma de su mano, se expone a romperse la crisma.

—Supongo que no la habrán puesto solamente para poner a prueba la habilidad de sus pilotos —dijo Lucila brillantemente—. Es seguro que tiene su utilidad.

Ned la miró un poco asombrado; no por sus palabras, que sabía eran una perogrullada voluntaria, sino porque siempre le acometía aquella misma sensación al darse cuenta de que la maravilla de mujer que llevaba al lado era la suya; que sobre ella tenía más derechos que ningún otro mortal, y que ella había condescendido a elevarle a su lado…

Hizo una mueca, pensando en la fenomenal carcajada que hubiera lanzado Dave de adivinar sus pensamientos en aquel instante, y compararlos con la petulante frase que soltó casi al término dé su última entrevista celebrada.

La maniobra propiamente de atraque captó su atención. Como había supuesto, uno de aquellos salientes en forma de caja —que era bastante mayor de lo que imaginó al verlo de lejos— constituía el nicho donde se albergaba el vehículo en cuyo interior estaba ahora, junto con media docena más.

Una compuerta se abrió, dejando el hueco exacto para alojar la navecilla. De su interior brotaron un par de brazos articulados, los cuales, como si estuvieran provistos de vida, ondularon hasta acoplar sus extremos en determinados lugares del casco, adhiriéndose fuertemente. Luego volvieron a retroceder, rígidos ya, y en menos de cinco segundos volvía a cerrarse la compuerta. Una luz verde en el tablero de comandos del piloto indicó que podían salir.

—Yo les llevaré los bultos, señor —ofreció el hombre, poniéndose en pie.

—No, gracias. Pesan poco —rechazó Ned, cargando con las dos preciosas cajas que constituían la parte más importante del equipo periodístico de ambos—. Sí le agradeceré buscase alguien que traslade el resto del equipaje hasta nuestro alojamiento.

—Lo haré —sonrió el hombre, abriendo la portezuela del aparato y, después, la que, formando parte de la nave nodriza, quedaba a continuación—. No me perdería la oportunidad de echar una mano a los famosos Ned y Lucila Stacey, por nada del mundo.

Mi lugar de trabajo es éste: aquí podrán encontrarme siempre que lo deseen.

—Agradecidos —Ned señaló el casquete que llevaba a la cabeza —. Es usted lo primero del *Achilles* que saldrá en nuestro reportaje.

El rostro del piloto se iluminó de felicidad. Sus labios trataron de formar una frase de agradecimiento, pero tuvo que limitarse a un gesto con la mano. La emoción era demasiado profunda: ¡ahí era nada, que los habitantes de media galaxia vieran en sus aparatos receptores un primer plano del humilde sargento Eanel!

Pero Ned le olvidó pronto al ver que se les aproximaba una marcial figura ataviada con el brillante y, a la vez, utilitario uniforme de la Armada Espacial. El recién llegado se detuvo a dos pasos de ellos, se cuadró y, con voz enérgica y varonil, dijo:

—¿Los señores Stacey?

—Así es, teniente —repuso Ned.

Frunció el ceño, tratando de adivinar dónde había visto antes aquella cara.

No lo consiguió. Tuvo que ser Lucila quien exclamara casi en el acto:

—¡Andy! ¿Qué haces aquí? —había sorpresa y alegría en su voz.

—Hola, Lucy —sonrió el oficial—. Creí que tampoco tú ibas a reconocerme. ¡Qué pequeño es el mundo! ¿verdad?

—¡Andy Jacques! —gritó finalmente Ned, identificándole.

Se cruzó entre ellos una interminable serie de abrazos y fuertes golpes a la espalda, mientras el sargento Eanel seguía sonriendo desde la escotilla de acceso a su aparato. Le alegraba que los periodistas hubieran encontrado un amigo: así no estarían tan solos dentro de aquel colosal ataúd de *diasteel* mientras durase la travesía.

—No lo creería si no lo viera —afirmó Ned finalmente—. ¿Quién iba a imaginar que estabas en esta *cafetera*? ¿Eres nuestro comité de recepción?

—Algo así. El capitán pidió un voluntario como *cicerone* vuestro entre la oficialidad. Nadie quiso presentarse porque preveían... problemas —terminó, luego de una breve duda—. Tuve que salir yo cuando supe que se trataba de vosotros,

—¿Problemas? —se extrañó Lucila, arrebatando la pregunta de los labios de su marido.

—Luego os contaré. Ahora, vamos. He de llevaros a vuestro

alojamiento, y el comandante ha convocado una reunión en el puente para dentro de media hora, a la que debéis acudir por deseo expreso suyo. Saldremos inmediatamente.

* * *

El comandante Detor Wami gozaba de una merecida fama dentro de la Armada Espacial.

Hombre duro, tanto consigo mismo como para con sus subordinados; sabía ser un padre o un verdugo según hacia el lado de la disciplina que se inclinaran quienes estaban bajo su mando. En su hoja de servicios no había tenido entrada la más leve nota desfavorable desde que saliera de la Academia como cadete. Su ascenso fue meteórico, llegando a la máxima categoría de almirante de cuatro estrellas cuando sus compañeros de promoción seguían debatiéndose para salir del relativo anonimato de simples comandantes de nave de segunda categoría.

Era un héroe, conocido como tal en los más remotos rincones de la Galaxia: idea suya fue el golpe de mano que, con una mínima perdida de vidas, hizo posible la rápida conquista del baluarte de los rebeldes Alines en pleno apogeo de su poder y cuando amenazaban con crear una conflagración de incalculables consecuencias. Él fue quien, con una osadía que muchos calificaron de inconsciente, había encabezado la expedición de comandos que aniquiló por completo el nido de piratas de Nova Herculis, introduciéndose en un mundo de temperatura sofocante por su proximidad al sol del sistema y envuelto en una mortal atmósfera de cloro…

Sus hazañas habían pasado al campo de la leyenda. Y cuando se pensó en dotar al *Achilles* de una tripulación acorde con su fenomenal poderío ofensivo, no hubo la menor duda en cuanto a quién sería su comandante: Detor Wami, desde luego. Para ello hubo que degradarle teóricamente y en forma temporal, puesto que le correspondía por su rango el mando do una flota de cien mil astronaves… que, incidentalmente, iba a estar a sus órdenes, en efecto, como fuerza de reserva.

Ned Stacey tuvo cierta vez la oportunidad de entrevistarle. Al término de su conversación había salido decepcionado: eran

admirables las hazañas del hombre, desde luego; pero se le habían subido a la cabeza, convirtiéndole en un ser insufriblemente orgulloso, más bien egocéntrico, a quien las opiniones del resto del mundo le tenían sin cuidado.

Y esto, en opinión del periodista, que no supo mantener para sí, substituía por blanda arcilla parte del mármol de su pedestal.

Además se había ganado un enemigo mortal cuando difundió por toda la Vía Láctea el concepto que le mereciera Wami. Por fortuna, su propio prestigio era bastante sólido para resistir la tempestad levantada, llegando, incluso, a merecer felicitaciones de compañeros que, en oportunidades anteriores, carecieron de la gallardía o él valor de decir la verdad.

También el prestigio del almirante había salido indemne. Era poco una acusación de egoísmo por un periodista, para hacerlo tambalear siquiera.

Y ahora se encontraban sentados en torno a la misma mesa. Ned, mirando los rígidos rostros de la oficialidad, se preguntó qué pasaría por aquellas mentes.

Luego pasó a examinar a Wami. Impasible, sus facciones, que parecían talladas en piedra, no dejaban transparentar nada de lo que ocurría detrás de la amplia frente.

El comandante de la nave se puso en pie al extremo de la mesa.

—Bien venidos a bordo del *Achilles*, caballeros —saludó—. Probablemente sea ésta una de las pocas oportunidades que tendremos de reunirnos todos a un tiempo mientras dure la misión que va a comenzar dentro de unos instantes.

Los oficiales se miraron unos a otros, intrigados. Al parecer, se dijo Stacey, el secreto había sido tan bien guardado que apenas ninguno de los que iban a participar, sabía de qué se trataba.

—Por si no se habían dado cuenta —prosiguió Wami—, les diré que el *Achilles*, nuestra nave, es la más perfecta máquina de guerra que ha construido la Humanidad en cualquier tiempo. Tendrán ustedes ocasión de comprobar sus posibilidades, de modo que no me entretendré en enumerarlas. Básteles saber, por el momento, que, siendo un crucero solamente, podría medirse de igual a igual con algunas docenas de nuestros acorazados más potentes… y sus posibilidades de vencer estarían en el orden de diez a uno a su favor.

Calló. Durante unos segundos no pudo escucharse en la gran sala otra cosa que débiles murmullos de asombro. Algunos hombres no parecían muy inclinados a aceptar al pie de la letra la palabra de su comandante,

—Podrán comprobarlo —sonrió tiesamente, sin el menor asomo de humor en el gesto—. De momento, les ruego crean sin pruebas lo que acabo de decirles, caballeros, y pasemos a estudiar la primera misión en que va a recibir su bautismo… no digo de fuego, puesto que ignoro si habrá tal; adoptemos, pues, el término vago de *acción*. Es algo digno de la colosal máquina de guerra —me veo obligado a repetir— que tenemos el honor de tripular. Se trata de lo siguiente…

Con un lujo de detalles que Dave no había empleado en su entrevista con Ned Stacey, el comandante explicó a sus hombres la tarea que tenían entre manos. Al periodista no le dijo nada nuevo, puesto que en el tiempo transcurrido desde que aceptara la misión, tanto él como Lucila se habían informado a fondo sobre el problema.

—Ya saben, pues —concluyó Wami—, el misterio que constituye nuestro objetivo… —hizo una pausa—. Ahora pasemos a la segunda parte.

Sus ojos cayeron sobre los periodistas. Aunque vestidos con una especie de uniformes semejantes a los de los propios astronautas, ni el colorido ni las insignias permitían ninguna confusión: eran los únicos paisanos a bordo de una nave de guerra, precedente que nadie recordaba desde tiempo inmemorial.

Muchas miradas se fijaron en ellos, con una mezcla de curiosidad y extrañeza.

—Los señores Ned y Lucila Stacey son periodistas. Creo que sobradamente conocidos de todos ustedes para hacer necesarias presentaciones: ya irán ellos conociéndoles a ustedes poco a poco. He de manifestar, francamente, que su presencia a bordo no fue idea mía… y que no me es nada grata. Sin embargo, obedece a órdenes superiores y, mal que nos pese, debemos estar dispuestos a tolerarla.

Ned enrojeció de cólera. No había esperado que se les recibiera con una lluvia de pétalos de rosa, pero tampoco contó con una acogida tan humillante. Sin poderse contener, saltó en pie:

—¡Comandante Wami! —gritó—. ¡No creo que...!

—¡Silencio! —bramó, a su vez, éste—. Sepa usted, señor Stacey, que nadie... absolutamente nadie... tiene el uso de la palabra en esta reunión hasta que yo lo autorice expresamente. Otra particularidad que debe tener muy en cuenta al dirigirse a mí, es la de utilizar el tratamiento de *Excelencia* o *Almirante*. Para usted lo soy, puesto que no forma parte de la tripulación regular de este navío. ¡Siéntese!

Obedeció el periodista. Durante la diatriba de Wami había tenido tiempo de reflexionar con su habitual lucidez, y serenarse. Una sonrisa entre humilde e irónica lucía en sus facciones cuando volvió a ocupar su asiento.

—Ruego tornen nota de esa actitud, caballeros —observó el comandante—. Probablemente tendrán ocasión de verla repetida muchas veces durante la travesía... y, por desgracia, vamos a tener que soportarla sin poder hacer nada por evitarlo.

Nadie hizo comentario alguno, cosa que ya esperaba el almirante: ¿Acaso no acababa de lanzar unos cuantos venablos por la boca porque alguien se atrevió a hablar sin su permiso expreso?

Volvió a sonreír Ned, y su mueca no pasó desapercibida a Detor Wami. Lo cual tuvo la virtud de enfurecerle, puesto que indicaba que alguien estaba adivinando sus pensamientos como si los proclamara a voz en cuello.

—Alguien ha creído que estos señores podrían ser unos magníficos consejeros para nosotros —prosiguió—. Así que vayan haciéndose a la idea de tener que soportar toda clase de sugerencias idiotas acerca de nuestra manera de gobernar la nave. Sin embargo, señor Stacey, señora —se dirigía ahora directamente a la pareja—, he de hacerles notar que el comandante soy yo. Que mi autoridad no se subordina a la de nadie, en tanto me encuentre a bordo... y que sé ser duro cuando la ocasión lo requiera. No toleraré injerencias de nadie. ¿Me entienden? ¡De nadie! Cuando crea que está en juego la seguridad del *Achilles*, o el éxito de nuestra misión.

Al parecer, aquello daba por concluido el discursó. Interpretándolo así, Ned se puso en pie; pero no intentó hablar.

Wami interpretó acertadamente su actitud.

—Puede decir ahora lo que desee, señor Stacey. Le escuchamos con... muy poco gusto, ésa es la verdad. Una última advertencia, no obstante: no estoy dispuesto a permitir insultos ni exabruptos.

—Se cura en salud, ¿no es eso, almirante? —inquirió Ned en tono zumbón,

—Diga lo que sea en las menos palabras posibles; no estamos aquí para perder el tiempo —replicó en voz seca.

—Ni yo lo deseo. No creo necesario extenderme en un análisis de sus palabras para que todo el mundo interprete que su excelencia ha hablado de nosotros en tono de menosprecio. Casi diría en forma insultante. Pero no insistiré en ello: lo esperaba ya. Sólo quiero advertir que, desde el momento en que pisé el *Achilles*, todo cuanto se habla a mi alrededor, todo cuanto ven mis ojos, es captado y archivado para seleccionarlo después y componer mi reportaje. Igual ocurre con mi esposa.

El almirante perdió un poco del escaso color de su rostro.

—¿Todo... todo?

—Exactamente, excelencia. Por lo pronto, en mi archivo consta ya que cierta insinuación de endiosamiento apuntada por determinado periodista hace algún tiempo, no fue encajada con deportividad por el interesado. Al contrario, tal vez cause la impresión de que aquel periodista acertó, ya que se pretende tomar represalias e insistir en el peso de la autoridad para obstaculizar *todas* sus actividades oficiales a bordo del *Achilles,* en lugar de intentar convencerle de que estaba en un error... cosa que el susodicho periodista hubiera rectificado gustosamente.

Una oleada de color, seguida del retorno de la palidez, más intensa si cabía que antes, fue la primera respuesta a la estocada. Luego, el almirante habló, conteniéndose a duras penas:

—Quizá debí prohibirle que trajera aquí esos aparatos. Razones de seguridad militar...

—No son válidas en este caso, almirante —rechazó Ned—. Mi reportaje no verá la luz hasta que la operación haya terminado satisfactoriamente,

—Esa es una cuestión que entra en mis atribuciones el decidir —insistió Wami—. Como comandante...

—Como comandante del *Achilles* —le atajó Ned, sin preocuparse demasiado de cómo lo tomaría el otro—, usted recibió bien explícitas instrucciones de no obstaculizar mi tarea y de escuchar, no de seguir —recalcó—, mis posibles sugerencias.

—¿Trata de enseñarme mi deber? —chilló el almirante.

—¡De ninguna forma! Simplemente, pretendo delimitar posiciones. Su excelencia sabe perfectamente cuándo mis actividades pueden perturbar la buena marcha de la operación y cuándo me priva de llevarlas a cabo por razones estrictamente personales. Todo cuanto se halla a bordo, incluyéndonos a mi esposa y a mi, está subordinado a su autoridad. Eso jamás lo he puesto en duda. Sin embargo, ningún comandante cuenta entre sus atribuciones la de incumplir, por su propio acuerdo, una orden recibida de sus superiores; lo mismo que le es imposible hacer de un grumete un segundo oficial, simplemente con ordenarle que se coloque las insignias del cargo.

El hombre que había creído dominar la situación, simplemente porque tenía un látigo en las manos, estaba viendo que aquello no era suficiente; que se encontraba indefenso, o casi, ante un esgrimidor tan hábil como él mismo. Tras una breve pausa en la que llegó a decirse que, si mataba con su mano a los periodistas allí mismo, habría veinte oficiales a quienes no remordería demasiado la conciencia de declarar en contra suya, decidió claudicar… aparentemente.

—Está bien. Ya hemos dicho cada cual lo que ha tenido por conveniente. ¿Le importará que, al menos en apariencia, demos al olvido lo que aquí se ha hablado y concertemos una tregua hasta que ustedes dejen de pertenecer a la dotación del *Achilles*?

—Por nuestra parte —accedió Stacey, magnánimo— no hay inconveniente. Incluso nos agradará prorrogarla por toda la eternidad, señor.

—Convenido, pues. Supongo que nadie tiene observación alguna que hacer. Por tanto… ¡En pie!

Medio minuto después, cada cual marchaba a sus ocupaciones para la maniobra de *desatraque*.

CAPÍTULO III

—¡Es extraordinario! ¡Si no lo viera, no lo creería!

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó Lucila, extrañada por aquella exclamación de su marido.

—Acabo de tropezarme con *El Ogro* en una de las pantallas de observación. ¿Crees que ha pasado junto a Andy y yo como si no nos viera? ¡Nada de eso! Se ha parado a hablarnos tan amistosamente, ¡y nos ha dado un cigarrillo!

El Ogro era, naturalmente, Detor Wami.

—No veo que tenga nada de particular —repuso ella sin alterarse—. El otro día me invitó al puente de mando. Tuve ocasión de realizar un fisgoneo general.... y tomarle unas declaraciones que, cuando las escuches, te quedarás sin habla.

Ned arrugó las cejas.

—No me habías dicho nada... —acusó.

—¿Recuerdas que somos competidores?

—¡Pero no en este caso! ¡Nuestras Agencias trabajan asociadas!

—A mi me paga Geoffrey —se encogió ella de hombros. Le dio un poco de lástima el enfurruñado rostro de Ned; acercándose a él, le echó tos brazos al cuello y en unos segundos había logrado ablandarle lo bastante para decir—: Era una sorpresa que te guardaba, querido. ¿Acaso no te acuerdas de qué día es hoy?

—¿Hoy? Pues... ¡Diablos, si es verdad! ¡Nuestro segundo aniversario de boda! ¡Eso hay que celebrarlo!

—Debiéramos invitar también a Andy... —sugirió ella—. Yo tenía pensado...

Durante un rato hicieron proyectos acerca de cómo pasarían aquella fecha tan memorable para ellos. Una vez acordado todo, Lucila cayó en la cuenta de algo que se le había pasado:

—¿Qué mirabais en la pantalla de observación?

—El lanzamiento de una *paloma mensajera*. El almirante se ha lamentado en mi presencia porque no podía enviar otra cosa que un parte rutinario con poco más que nuestra posición actual y la consabida frasecita *Sin novedad*.

—Todavía sigue muda la radio.

—Por completo. A más de cien años—luz de distancia es inútil intentar buscar, puesto que no captaríamos nada; lo mismo que

nadie puede escuchamos a nosotros a esa distancia.

Lucila se dejó caer en uno de los sillones del pequeño camarote que compartían.

—No sé... —murmuró, más para sí que con intención de que la escuchara Ned—. Casi empiezo a tener la impresión de que todo es una falsa alarma.

—Y yo —asintió él—. Este sector parece deshabitado.

—¿Y no convendría explorar más a fondo alguno de los planetas que caigan a nuestro alcance?

—Cada vez que pasamos lo bastante cerca de alguno —le recordó Ned— cae sobre él una verdadera maraña de rayos exploradores de toda especie. Se analiza la composición de la atmósfera, si la tiene; el posible origen de todas las radiaciones que emana, por si alguna de ellas tuviera como fuente alguna máquina producida por seres inteligentes... Hasta ahora, lo sabes tan bien como yo, no hemos encontrado cosa alguna que se saliera de lo corriente.

—A eso voy. ¿Quién dice que no nos enfrentamos con seres lo bastante civilizados para ocultar esos indicios?

—Es imposible hacer otra cosa —rechazó Stacey—. Yo mismo he estado a punto de sugerir al *Ogro* algo así, pero me ha contenido el temor de que me despidiera a puntapiés. ¿Imaginas los miles de años que nos llevaría una búsqueda semejante?

—Sí, claro. Desembarcar en todos ellos para una búsqueda minuciosa es tarea pesada... —de pronto se irguió—. Pero, en ese caso, ¿dónde se han metido todos los aparatos que se perdieron por aquí? ¿Qué fue de ellos?

Antes de que Ned pudiera contestar, se iluminó la pantalla del circuito interior de comunicación, anunciándolo con un zumbido. El rostro del almirante Detor Wami se hizo visible en ella.

—Señores Stacey —dijo cuando Ned hubo pulsado el mando que enviaba su imagen al otro extremo de la linea—: les ruego acudan al puesto de control. Hay novedades.

Nada más. Luego del lacónico mensaje, el deslustrado vidrio quedó en blanco.

Los periodistas se miraron mudamente, preguntándose a qué se debería la convocatoria. Como era lógico, no tenían medio de adivinarlo, así que, sin pérdida de tiempo, hicieron lo que se les

había pedido.

No era la primera vez que penetraban en aquel lugar. De todas formas, siempre resultaba impresionante ver al oficial de guardia, a quien ahora había sustituido el propio Detor Wami, detrás de la enorme mesa semicircular repleta de pulsadores y esferas indicadoras, y teniendo enfrente una consola con cuatro pequeñas pantallas en las que podía duplicar, a voluntad, cuanto apareciera en las de la veintena de subordinados que se alineaban a lo largo de los muros. Cada uno de estos hombres tenía a su cargo una misión específica, de la que el comandante era el coordinador para relacionarla con las de los demás.

Iban llegando oficiales, y cada uno de ellos, en silencio, ocupaba el lugar que le correspondía según la tarea que tenía asignada. Lucila y Ned se acomodaron, a una señal de Wami, en sendas butacas desde donde les era dado observar en panorámica toda la estancia. Su inseparable Andy Jacques lo hizo a su lado.

—¿Qué ocurre, almirante? —preguntó la muchacha.

El hombre no pareció oírla. Quizá fuera así. Jacques susurró en voz baja:

—Silencio, por favor. No habléis hasta que se os diga. Colocaos estos auriculares.

Cuando Ned hizo lo que le pedía su amigo, se encontró escuchando el final de una pregunta del almirante:

—¿... idea de su número?

—No, señor. Al parecer, avanzan en medio de nubes de desviadores, pues los datos aparecen confusos. Posiblemente no sean más allá de cinco o seis, aunque, en ocasiones, parecen más —respondió la voz del oficial de *detección*, un joven llamado Fahiya.

—¿Distancia? —siguió preguntando Wami.

—Cinco minutos—luz, señor —llegó la respuesta por medio de otra voz—. Ésa es la media.

—¿Velocidad?

—Lumínica, en relación a la nuestra —cantó un tercero.

—¿Nos atacan? —preguntó Ned en voz apenas audible a su amigo y acompañante.

—Sé tanto como tú. Pero, por lo que se dice, deben de estar aproximándose al *Achilles* algunos objetos no identificados todavía. Esperemos.

El almirante, con el automatismo hijo de la mucha práctica, seguía pidiendo datos:

—Intente centrar un visual sobre el más próximo, Fahiya. Es posible que logremos distinguir algo de él.

—Llevo unos momentos tratando de hacerlo, señor —respondió instantáneamente el joven—. Vea el resultado.

Se produjo una breve pausa mientras el comandante estudiaba lo que el otro habla pasado a una de sus pantallas. Al cabo lanzó una exclamación de disgusto.

—¡Es una simple nube! ¡Amplíe más!

—El resultado sigue siendo el mismo, señor. He llegado a acercarlo a diez kilómetros, pero la nube es muy densa.

—¡Alloway! No descuide esas pantallas. Ignoramos la clase de armas que puedan emplear, y su alcance.

—Están todas a pleno rendimiento, señor —replicó el interesado, jefe de la sección de *defensa* de la nave.

Durante cinco minutos siguieron intercambiándose órdenes y respuestas, mientras los periodistas se limitaban a escuchar... y a hacer cabalas. No podían hacer otra cosa.

De súbito quedaron a oscuras. Ned lanzó una exclamación de sobresalto al sentirse privado de peso, y únicamente sus rápidos reflejos le salvaron de salir disparado hacia el techo. Asido con una mano al respaldo de su butaca, escuchó a su alrededor un griterío sorprendido cuando varios hombres se encontraron, literalmente, nadando en el aire.

La luz se hizo en pocos segundos. No así la gravedad artificial, que volvía lentamente para evitar caídas y sus posibles consecuencias. Volviéndose hacia su mujer, Ned la encontró tan tranquila en su asiento, como si no hubiera ocurrido nada.

—Baja de ahí, Ned. A tu edad no te sienta bien andar haciendo equilibrios —le sonrió, burlona.

El periodista se miró a sí mismo. En efecto, su actitud tenía un mucho de circense: estaba formando una perfectísima *vertical* a una sola mano, con los pies lo más alejados posible del suelo. Con un gruñido, se reintegró a una postura más digna.

—¿Qué ha sido eso? —ladraba el almirante, echando rayos por los ojos—. ¡Averías! ¿Ha ocurrido algo grave?

—No, señor, según parece. La energía ha sido desviada

momentáneamente. Ignoro las causas…

El hombre acabo de situarse en su asiento. Había dado la respuesta desde una posición muy semejante a la que adoptara Ned, y ahora se aseguró contra algo similar colocándose el cinturón de seguridad, como hacían todos sus compañeros.

—Son las pantallas deflectoras, comandante —informó Alloway —. Han tenido necesidad de absorber toda la energía del *Achilles* para rechazar una fuerte descarga combinada del enemigo.

Enemigo, se dijo Ned. Debía serlo, puesto que les había atacado.

—La próxima vez no se limite a parar el golpe, Alloway —dispuso Wami—. ¡Devuélvalo ! Ahorraremos energía.

Esto era, literalmente, cierto. La especie de telaraña que les sorprendiera ver el primer día que llegaron a bordo, había dejado de ser un misterio para los periodistas: se trataba de los cables portadores de energía para las pantallas defensivas, capaces de impedir el paso a cualquier radiación conocida, por muy intensa que ésta fuera. Su objeto, sin embargo, era doble: estaban diseñadas para absorber todos los electrones, ondas y demás portadores de energía que llegaran desde el exterior, pero a cambio de consumir una cantidad muy elevada de la propia de la nave, que era lo que había ocurrido momentos antes; también podían rechazar lo que llegase, si así interesaba, con un esfuerzo mucho menor, siempre que se tuviera una idea aproximada de su naturaleza. En este caso, el atacante se veía sorprendido al comprobar que estaba disparando contra sí mismo.

—Sí, señor —asintió el oficial.

Otra vez se notó un considerable descenso en el potencial que abastecía los controles internos del *Achilles*. Esta vez, no obstante, no se llegó a disipar el campo gravitatorio artificial y las luces se limitaron a parpadear.

Alloway se volvió, asombrado, hacia el almirante.

—No lo comprendo… —murmuró—. Nos han atravesado una pantalla… Por fortuna, la segunda ha podido resistir.

—¡Fahiya! —gritó Wami, sin hacer caso—. ¿Qué ha podido localizar?

—Se ven perfectamente ahora, comandante —repuso *detección* —. Son nueve… mejor dicho, ocho: uno acaba de ser pulverizado.

Sonaron varias exclamaciones de alegría, prontamente

contenidas. El almirante les atajó al disponer:

—Está claro que se trata de una flota hostil. ¡Destruyámosla!

Era una orden implícita para *armamento ofensivo*, un capitán de mediana edad llamado Carter; éste habló por un micrófono a los distintos puestos distribuidos por toda la coraza de la astronave.

—Dispuestos, señor —anunció al cabo de unos segundos.

Ned rabiaba por asomarse a una pantalla y presenciar el desarrollo de los acontecimientos. Con el rabillo del ojo observó a Lucila que estaba cómodamente arrellanada en su asiento, como si se hallase por completo a sus anchas.

—¿De qué diablos estás hecha? —preguntóle, sin poder contenerse.

—De carne y hueso, como tú —repicó ella con una encantadora sonrisa—. Sólo que más dueña de mis nervios, amor mío: saltar ahora únicamente puede acarrearte desgracias.

Y señaló disimuladamente hacia la especie de trono ocupado por Detor Wami.

—Todos los registros y observaciones visuales son conservados cuidadosamente —trató de consolarle Andy—. Podrás verlos después de acabado el combate.

—¡Menudo alivio! —rezongó el periodista—. ¡Eso es lo mismo que leer un libro describiéndote un lugar en el que has estado... pero que no pudiste ver porque llevabas los ojos vendados!

—Nadie, salvo el comandante, participa plenamente en la acción, Ned —insistió Jacques—. Cada cual se limita a cumplir determinadas órdenes, ignorando, a veces, qué es lo que se pretende que logre. Todo el mundo está en el mismo caso que tú.

No hubieron más oscilaciones en la luz. Cinco minutos después, el capitán Carter anunciaba:

—Misión cumplida, señor... según parece. Nuestros rastreadores no encuentran al enemigo: ha sido destruido.

—Compruébelo, teniente Fahiya —dispuso Wami.

—Comprobado, comandante. En el espacio a nuestro alrededor no se divisa otra cosa que los restos de las nueve astronaves que nos atacaron.

—Lance rayos tractores, Carter, para retenerlos mientras realizamos una inspección. ¡Zenowsky! ¡Bedam! Dispongan una expedición en busca de supervivientes, si los hay, y traten de

averiguar cuánto sea posible de esos restos.

Ni antes de la batalla, ni durante su desarrollo o después, había podido observar Ned la menor señal de nerviosismo o duda en Wami. Podrían ser muchos sus defectos, pero entre ellos no se encontraba la ineficiencia: era una perfecta máquina... Sonrió al ocurrírsele tal pensamiento por segunda vez en pocos instantes. La experiencia estaba demostrándole cuan acertado estuvo al lanzar la idea, recogida por Gam Turis, que era la causa primordial de haberle traído a bordo del *Achilles*. Únicamente faltaba comprobar si aquel autómata resultaba incapaz de razonar al encontrar un obstáculo no previsto en su programación y se detenía simplemente o, por el contrario, buscaba un nuevo camino.

—Queda otra alternativa: que pretenda actuar impulsivamente, como una máquina descompuesta —se dijo—. Sería preferible la pasividad.

El almirante estaba mirándole ahora.

—¿Alguna objeción a mi forma de conducir el combate, señor Stacey? —inquinó irónicamente.

—No, excelencia —sonrió Ned—. Mi misión aquí no es la de criticar sus dotes de estratega... Sí quisiera obtener su permiso para hacer una visita a esas naves destruidas.

—¿Para que? —se extrañó el otro.

—Soy periodista. Un reportaje sin unas vistas del interior de las máquinas del enemigo... e incluso de ejemplares de esa raza desconocida... perdería mucho de su sabor. Recuerde, almirante, que el público goza tanto o más viendo lo que se les describe que escuchando la voz del narrador.

Wami le otorgó la autorización. Poniéndose en pie, Ned contuvo con un gesto a Lucy, que se disponía a seguirle.

—Mejor que permanezcas aquí, querida —susurró—. No... no se trata de que quiera mantenerte alejada del posible peligro. Trata de obtener unas declaraciones del almirante, previas a las posibles alteraciones de su punto de vista que pudiera traer el examen de esas naves. Andy vendrá conmigo. ¡Vamos, Andy!

El capitán Zenowsky puso amablemente a disposición de los dos amigos una especie de torpedo de dos plazas. Aquellas diminutas naves de gran autonomía eran las utilizadas normalmente para las operaciones de *exploración y comandos*, que era el departamento de

este oficial; no eran cómodas en exceso, puesto que los tripulantes debían ir tumbados, uno junto a otro, dentro del estrecho fuselaje. Pero resultaban ideales para escapar a la detección por su pequeño volumen, e iban provistas de lo necesario para una prolongada subsistencia.

—Sitúense a retaguardia, acompañando al equipo del comandante Bedam —aconsejó Zenowsky, muy serio—. Antes de acercarse a los pecios, lo bastante para que pueda resultar peligroso, quiero que éstos hayan sido inspeccionados a fondo por mis hombres. El almirante me ha recomendado que evite posibles víctimas a toda costa.

—Escuche, capitán —rogó Ned—. ¿No habría forma de modificar eso? Me comprometeré a lo que usted quiera, pero, por favor, déjeme que acompañe a la vanguardia. Eso forma parte de mi trabajo: proporcionar informes de primera mano al público.

—Tengo mis órdenes —vaciló el militar—. Si le ocurriera algo, el almirante...

—Le firmaré un documento, si quiere —insistió Stacey—. Soy yo quien lo ha pedido.

—¿A qué viene tanto interés? —Zenowsky recelaba algo—. Su reportaje puede ser tan bueno...

—¡De ninguna forma! ¿Cree usted que es lo mismo describir a la gente los restos de una astronave procedente de una civilización desconocida, cuando ha sido alterado todo su primitivo aspecto, que hacerlo antes de que nadie tenga oportunidad de tocar nada? —cambió de tono para agregar—: Capitán, está usted intentando destrozar la mejor oportunidad de mi carrera. ¿Dónde cree que quedará mi prestigio si no ofrezco a mi público auténticas primicias...?

—¡Está bien! —acabó riendo el capitán—. ¡No venga a llorarme ahora, Stacey! Además... —agregó con un malicioso guiño— sé lo peligrosos que pueden resultar ustedes los periodistas, cuando toman a alguien entre ojos. Elija usted mismo su puesto... ¡Pero mucho cuidado! A la menor interferencia con mis hombres se encontrará en un calabozo, sin tener ni idea de cómo ha llegado hasta allí.

—Gracias, capitán. Haré de usted un retrato tan brillante que ascenderá, al menos, cuatro grados en la escala sin darse cuenta

siquiera.

Zenowsky se alejó, dejando a Andy Jacques con el asombro pintado en el rostro.

—¡Si no lo viera, no lo creería, muchacho! —murmuró—. ¿Qué clase de magnetismo posees para ablandar así a un hombre como el capitán? Tiene fama de ser un hombre duro e inflexible en sus decisiones.

Ned exhibió una luminosa sonrisa.

—Él mismo te lo ha dicho: los periodistas podemos ser muy peligrosos con quien trata de interferir nuestra misión. Vamos a prepararnos.

CAPÍTULO IV

—Da la vuelta a su alrededor, Andy. Quiero sacar vistas desde todos los ángulos.

Jacques maniobró, obediente, mientras escrutaba con curiosidad los restos de lo que poco antes había sido una bien armada astronave de combate. Apenas había sufrido daños exteriores, y ésta era la causa de que se la hubiese elegido como primera a estudiar. La descarga, penetrando a través de las antenas por las que había salido una millonésima de segundo antes, había destrozado el emisor y seguido luego por los conductores hasta la fuente principa1 de energía. La consecuencia en estos casos, solía ser, casi invariable, la misma: un estallido fenomenal y todo había terminado.

Las huellas de la monstruosa explosión se veían próximas a uno de los extremos, probablemente el posterior, del largo armazón.

—Está casi intacta —comentó el teniente—. La tripulación debe de haber sobrevivido casi por completo, ya que los únicos lugares estancos al vacío se ven en buenas condiciones. Quizá nos den un disgusto como nos acerquemos.

—No tienen con qué. Su pila, o lo que diablos utilicen para fuerza, está hecha unos zorros.

—Siempre quedan las armas manuales —recordó Jacques, con más prudencia que su compañero.

Éste no pareció oírle, a juzgar por sus siguientes palabras.

—Vamos a meternos en ese entramado, Andy. Los hombres de Zenowsky ya están llegando y no van a dejar títere con cabeza que valga la pena captar con la cámara.

Jacques obedeció a regañadientes. Dejando la diminuta navecilla adosada a una de las numerosas traviesas metálicas que constituían la unión entre la fuente de energía y los departamentos de la tripulación, salieron embutidos en sus escafandras.

—Es raro —dijo Ned, mirando en tomo. Estaba unido a su amigo mediante un cable telefónico, al objeto de no interferir con las órdenes y respuestas de los soldados—. Esto está lleno de aparatos; pero para llegar a ellos hay que complicarse la vida metiéndose en un traje de presión. No lo había visto nunca.

—No suele ser costumbre entre nosotros. Sin embargo, quizá

resulte interesante para otras mentalidades... —aventuró Jacques.

Stacey tomó vistas e hizo comentarios a todo cuanto se le ponía por delante, pero sin sacar nada en claro. Para dar mayor aliciente al reportaje, llegó a solicitar unas palabras de los soldados con quienes se cruzaba.

Todos estaban perplejos como él, sin poder explicarse a qué se debía que una parte de los mecanismos de una nave de guerra estuvieran sin proteger por la elemental coraza.

—Quizá lo fían todo a sus pantallas de energía... —dedujo, no muy convencido.

Al cabo se reunieron con el propio Zenowsky que, inspeccionada toda la parte exterior de la nave, se disponía a abrirse paso hacia lo que suponían cuarteles de la tripulación. El hombre estaba bastante confiado al no haber captado signo alguno de hostilidad, pese a que sus subordinados habían venido vigilando el recinto desde hacía rato.

—Yo diría que no hay nadie. La tripulación debe haberse alejado en alguna nave auxiliar de emergencia —sugirió Ned.

Nadie se molestó en discutir esta teoría, ni lo hubiera hecho tampoco de manifestarse en sentido contrario. Zenowsky llamó con una seña a un joven sargento, y éste aplicó un taladro especial, capaz de romper la cohesión molecular de cualquier materia.

En pocos instantes se había practicado un pequeño orificio. El capitán aplicó a él una especie de manómetro, que no sólo comprobaba la presión atmosférica sino los elementos componentes del aire: era un perfecto analizador en miniatura.

Pero esta vez debía de haberse estropeado algo en su delicado mecanismo, pues Zenowsky volvió a retirarlo segundos después; lo miró con atención, llegando a hacer una prueba con sus propios depósitos de aire, y lanzó un taco.

—¿Qué diablos...? —nuevamente aplicó el extremo del aparato al orificio, clavando los ojos en la esfera indicadora—. ¡Esto es imposible!

—¿Qué ocurre, capitán? —se interesó Ned,

—¡Que ahí dentro hay un vacío tan perfecto como el de aquí!

—Tal vez haya alguna escotilla abierta... —sugirió el periodista.

—La hubiéramos encontrado —negó el capitán. Decidiendo qué las cábalas no iban a llevarles a ningún lado, dio otra orden—:

Continúe, sargento…

El hombre se aplicó con su taladro, practicando en pocos segundos un corte circular en la dura coraza, que cedía como si fuera mantequilla.

Entraron con las armas dispuestas, preparados a enfrentarse con cualquier ignorado peligro. Pero hubieran podido evitarse las precauciones: el lugar estaba totalmente desierto de seres vivientes.

—¡No pueden haberse marchado! —rezongaba Zenowsky—. Fahiya no ha localizado ningún objeto alejándose.

—Quizá no hayan estado nunca —Stacey estaba repleto de brillantes ideas, y alguna tenía que ser buena forzosamente.

El capitán se volvió hacia él.

—¿Usted cree?

—Es la deducción más obvia: una nave sin atmósfera interior, y sin rastro de tripulantes…

—¡Pero alguien tenia que mandarla! ¡Alguien tenía que dar órdenes…! —la voz de Zenowsky se diluyó en un murmullo al caer en la cuenta de que estaba diciendo tonterías. Se volvió hacia el periodista—: ¿Una nave robot?

—Algo así, pienso yo.

El comandante Bedam, autorizado su equipo para iniciar la tarea, se incorporó a la conversación:

—¿Qué ocurre, Zeno?

—¡Que no hay nadie a bordo de este cascarón! —replicó, tan indignado como si de pronto se percatara de que lo que tornó por una astronave fuera simplemente un vulgar aerolito.

—Mejor, ¿no te parece? Así resulta más sencillo el trabajo,

—¡No se trata de eso, por cien mil galaxias! ¡Si no hay ser viviente, ¿quieres decirme quien ha traído este cacharro hasta aquí? Stacey piensa que ha venido por sí solo… comandado a distancia o algo por el estilo.

—Pudiera ser —asintió Bedam—. Sabes que nosotros tenemos capacidad técnica para lograr una cosa así. ¿Por qué no han de poder hacerlo otros?

Zenowsky echó automáticamente la mano al bolsillo para sacar el paquete de tabaco. Entonces se dio cuenta de que aquel era un placer que le estaba vedado en estos instantes.

—Si os ponéis los dos en mí contra, tendré que reconocer que

quizá tengáis razón. Sin embargo…

—A ti lo que te ocurre —dijo Bedam— es que no imaginas a unos fulanos quedándose en casa tranquilamente, mientras envían sus máquinas a pelear… solo porque nosotros, pudiendo, no acostumbramos hacerlo. Preferimos ver con nuestros ojos mejor que con lentes mecánicas, y dar y recibir golpes con las propias manos.

—Quizá sea eso —se batió en retirada el capitán.

—Yo también encuentro extraño que no haya, al menos, un par de hombres… o lo que sea de moda llamarse entre esta gente… para decidir en caso de emergencia. Quizá lo hagan por radio.

—No lo creo así —apuntó Ned—. Si hay departamentos para tripulación, y ésta no existe, será por algo. ¿Por qué no investigan sus hombres en el cerebro electrónico… o lo que sea, que actúa de comandante? Mi opinión, y perdonen si me meto donde no me importa, es que resultará interesante si podemos averiguar la programación que hay grabada en él.

—¿Para qué? —se extrañó Bedam—. Yo entiendo que lo primordial es estudiar el armamento y los demás mecanismos: quizá podamos aprender algo nuevo.

Stacey estaba a sus anchas con aquellos dos oficiales que dejaban exponer libremente las opiniones sin encerrarse en una trasnochada terquedad. Eran dúctiles, y ello les hacia simpáticos en su opinión; todo lo contrario que Detor Wami, con su creencia de estar, en todas las ocasiones, en posesión de la única y soberana verdad.

Y en aquel momento sonó en los receptores de todos la enérgica voz del almirante, como si él pensar en él hubiera sido una especie de conjuro:

—¡Comandante Bedam! ¡No pierdan el tiempo en disquisiciones sin ningún sentido, y cumpla las órdenes que se le han dado! ¡Hay prisa!

—A la orden, señor —saludó el comandante. E inmediatamente comenzó a ladrar ordenes a sus subordinados para que realizaran una completa y cuidadosa autopsia de la nave en forma casi instantánea.

Pero no debía estar muy de acuerdo con aquello, pues, para evitar que Wami les escuchara como seguramente lo hizo antes, cerró su emisor; luego pasó sendos cables telefónicos a Zenowsky y

Stacey para mantener una conversación privada con ellos.

—Veamos esa brillante corazonada que lleva en la sesera, muchacho. ¿Para qué cree que debemos desentrañar las órdenes del robot en primer lugar?

—Sencillo: lo de las armas pierde interés cuando piensa uno que no deben ser mejor que las nuestras cuando apenas nos ha costado trabajo acabar con ellos. En cambio, piense en la misión que nos ha traído aquí.

—Sí… Localizar una civilización por completo desconocida, y de la que ahora no tenemos más que estas naves para confirmar su existencia. Pero sin el menor indicio que nos permita saber alrededor de qué estrella gira su cuartel general… —se interrumpió de pronto, dándose una palmada en el visor de la escafandra, que era lo más próximo a su frente que podía llegar—. ¡Naturalmente!

Zenowsky le miró con ojos inexpresivos por completo. Su mente de luchador no podía compararse en agilidad a la de un científico de investigación.

—No veo…

—¡Está claro, cabezota! —Bedam prorrumpió en risotadas—. ¡Ahora mismo me llevo a mis dos mejores muchachos para empezar a hurgar en la barriga de ese robot! Y… —tanteó precautoriamente el control de su emisor—, ¡*El Ogro* puede irse… a donde lo crea oportuno!

—¡Cuidado, comandante! —le advirtió Ned—. 'Todo lo que se hace, o dice, en mi presencia queda registrado…

El hombre palideció, viéndose ya ante un consejo de guerra.

—¡Oiga, Stacey! ¿No hay forma de… de evitar que…?

—¿Que salga a la luz esa exclamación suya, tan poco académica? —inquirió Ned, muy serio—. No. De ninguna manera. Fíjese que ni yo mismo tengo acceso al interior de los grabadores. Lo siento de veras, señor. Tendrá que soportar las consecuencias.

Se volvió un poco de lado para guiñar un ojo a Zenowsky. Este, siguiendo la farsa, apoyó una mano en el acorazado hombro de su colega.

—Siempre has sido muy impulsivo en el hablar, Bed. ¿Cuándo escarmentarás? ¿Yo…?

—¡Déjame en paz! —bramó el atribulado comandante—. ¡Y usted, maldito fisgón, procure no ponerse delante de mi vista en lo

que queda de travesía! ¡Soy capaz de matarle sin reflexionar!

Ned le vio tan abatido que temió perdiera todo el interés por sacar partido a la idea que le había proporcionado él poco antes.

—Perdone la broma, comandante —dijo en tono compungido—. El grabador estaba parado desde que iniciamos nuestra conversación privada. No quisiera perjudicar a hombres que me honran con su confianza.

De momento, Bedam no pareció enterarse de lo que le decía. Luego volvió un poco de color a sus facciones y, finalmente, soltó una risotada.

—Recuérdeme que le debo una paliza, Ned —dijo, por todo comentario.

No quedaba rencor en él. Sabía encajar una chanza, como buen deportista.

* * *

—Creo haberle dicho bien claramente cuál era su misión a bordo de ese pecio, comandante. ¿Qué puede alegar en su descargo por no haberla cumplido al pie de la letra?

Se encontraban los cuatro: Bedam, Zenowsky, Stacey y Jacques, alineados enfrente de Detor Wami, A un lado, Lucila se limitaba a presenciar la escena, sin intervenir.

Afortunadamente, se dijo Ned, la entrevista tenía lugar en el departamento privado de Wami. El hombre era capaz de humillar a todos sus oficiales en bloque, aun en presencia de los subordinados inferiores, si se le presentaba la ocasión.

—Nada, señor. Únicamente que pensé que era una buena idea.

—¡Usted no tiene derecho a pensar estando de servicio, Bedam! —se encolerizó el almirante—. ¡Ese es un trabajo exclusivamente mío!

—Lo sé, señor. Por eso he dicho que no tenía nada que alegar. Reconozco mi falta y estoy dispuesto a cumplir el castigo que se me imponga.

—¡No dude que será así! En cuanto a usted —se volvió hacia Zenowsky—, ¿también *pensó* que no era oportuno dar parte inmediatamente de la trasgresión que realizaba el señor Bedam?

—Mi misión era independiente de la de él, comandante —

replicó el capitán con firmeza—. No tenía por qué inmiscuirle…

—¡Efectivamente! ¡Pensó! ¡Usted acababa de oírme ratificar las órdenes que le había dado! ¡En forma explícita le prohibí que realizara tarea alguna ajena a ellas!

Zenowsky no dijo nada. Era mejor soportar estoicamente la tormenta y no empeorar el humor de Wami.

Éste, viendo que dominaba por completo la situación, pronunció su veredicto:

—¡Un mes de arresto para cada uno! ¡Durante él realizarán guardias reglamentarias, pero de duración triple!

—Muy bien, señor. A sus órdenes —respondieron los dos como si fueran uno solo.

—Y otra cosa. Les queda prohibido a perpetuidad, salvo expresa orden mía, cruzar la palabra con el señor Stacey.

Ned se indignó. Aquello era ya abusar francamente de la autoridad; no podía pasar él por semejante orden arbitraria.

—Perdone, almirante. Creo —y yo sí puedo pensar por mi cuenta— que su excelencia no está capacitado para emitir una orden en ese sentido.

—¡Có… mo! ¿Que… no… puedo?

Aquello era demasiado para un hombre tan poseído de si como Detor Wami. Las venas de su cuello se hincharon hasta amenazar con un fatal estallido.

—No, señor —replicó Ned, muy tranquilo.

—Explíquese. Dígame por qué no me es dado castigar a *mis* hombres, a bordo de *mi* nave, como estime justo, y evitar a la vez que puedan incurrir en nuevas infracciones.

—Porque, prohibiéndoles que hablen conmigo, la sanción recae sobre mí y mi misión.

—Con lo cual no hago sino darle a usted su merecido en forma indirecta, por instigar a mis subordinados a desobedecer mis órdenes.

—Con perdón de vuestra excelencia, yo no he hecho semejante cosa. Me limité a cumplir una de las tareas para las cuales estoy a bordo del *Achilles*.

—Temo que no le comprendo, señor Stacey —el apacible tono empleado por Wami era más terrible que si gritara su indignación —. Haga el favor de aclarar esa manifestación.

—Seguramente, su excelencia ha olvidado que sus superiores estimaron la conveniencia de que yo... y mi esposa, claro, nos embarcáramos con el cometido que, al parecer, prohíben las ordenanzas desempeñar a los hombres de la Flota Espacial...

—No le entiendo todavía... Usted, aquí, es un periodista y consejero... en el caso de que se quieran aceptar sus consejos.

—Ni más ni menos —asintió Ned—. Y la misión primordial de un consejero es pensar. Su Excelencia les ha prohibido a estos oficiales aquí presentes que lo hagan... pero a mí no puede impedírmelo y que anuncie el resultado de mis pensamientos, porque tiene ordenes explícitas de facilitar el cumplimiento de mi tarea.

La crispación de facciones que deformó durante un segundo el rostro de Detor Wami era diáfano anuncio de que, en su fuero interno, aceptaba la derrota. Pero era un luchador nato, quizá una de sus pocas cualidades admirables; por ello paró el golpe, contraatacando a su vez:

—El prohibir a dos oficiales que crucen la palabra con usted no obstaculiza para nada su misión de consejero. Le basta, para cumplirla, con comunicarme a mí sus excelentes ideas.

—Es cierto. Pero soy, al mismo tiempo, periodista. ¿De qué forma puedo llevar a cabo este cometido si se me veda pedir impresiones a cualquier miembro de la tripulación que estime oportuno?

El almirante cerró los ojos, desesperado. Ned llegó casi a sentir lástima de él y, por unos momentos, sintió el deseo de cesar en sus demoledoras réplicas y concederle un respiro, Por otra parte, comenzaba a temer que Wami, dominado de una irreflexiva cólera, tomase en contra suya medidas, sin reparar en las posibles consecuencias para sí.

Afortunadamente, el comandante del *Achilles* era todavía lo bastante dueño de sus nervios para reflexionar con cierta cordura. Hizo un visible esfuerzo por desterrar los impulsos que le arrastraban a perder todo control de sí mismo, y obligó a sus labios a curvarse en una sonrisa.

—Bien. Acepto que, desde su punto de vista, tiene usted razón, Stacey. ¿Le parece que demos por no dichas todas las frases duras que acaban de pronunciarse en este camarote?

Tendió la mano. Ned, tambaleándose a causa del asombro por el súbito giro, la estrechó.

—Con mucho gusto, señor. Puede creerme si le digo que quien más las lamenta soy yo mismo.

—¿Sabe una cosa, Stacey? —dijo Wami, después de unos instantes de reflexión—. Creo que su idea fue magnífica y que nos ha ahorrado algunos días de tiempo. Es probable que hubiéramos analizado más pronto o más tarde al robot navegante, desde luego; pero lo cierto es que, gracias a usted, ya está hecho.

—Me alegro, almirante. ¿Puedo preguntar cuáles han sido los resultados?

—Sin la menor duda, puesto que es usted el padre de la criatura: toda la escuadrilla estaba programada para, luego de destruir al *Achilles*, regresar a una base sita a unos cincuenta años—luz del lugar donde nos hallamos ahora.

—¿Y...?

—Me he permitido decidir hacerles una visita... —y, con una irónica sonrisa, agregó—: ¿Supongo que no le parecerá mala idea?

—A mi entender, es fantástica —sonrió Ned en respuesta.

CAPÍTULO V

La distancia desde el lugar donde tuviera lugar la batalla hasta la base de las astronaves atacantes del *Achilles* no era demasiado larga como para que no pudiera hacerse en pocas horas. Sin embargo, Detor Wami, muy meticuloso, dio una serie de rodeos con ánimo de explorar los alrededores para, finalmente, detener el formidable crucero a la distancia de un año—luz de su objetivo.

Stacey acababa de abandonar el enorme hangar donde el comandante Bedam y sus hombres practicaban un escrupuloso escrutinio de los restos de una de las naves enemigas. Resultaba más cómodo trabajar allí que en medio del vacío, equipados con escafandras y demás engorrosos elementos.

—Parece que adelantan —comentó Andy que, como de costumbre, le acompañaba—. Lo que no acabo de entender es cómo...

Le interrumpió la voz del almirante, brotando de una de las paredes próximas.

—¡Señores oficiales! ¡Al puente de mando!

—Eso es para nosotros, Andy —dijo Ned—. Vamos allá.

Un ultrarrápido ascensor gravítico les dejó en pocos instantes en su destino. Sin que nadie les indicara cosa alguna pasaron a ocupar sus asientos de la vez anterior; Lucila ya se encontraba allí.

—Nos encontramos a un año—luz del lugar que veníamos buscando —informó Wami sin el menor preámbulo—. Ignorando lo que encontraremos allí, he decidido enviar un grupo de exploración. Capitán Zenowsky: a su cargo queda esa tarea.

—¿Puedo acompañarles, señor? —Ned saltó en pie instantáneamente.

El almirante vaciló, dando a entender que no le agradaba la idea. Sin embargo, debía estar escarmentado de sus batallas dialécticas con el periodista, pues dio su consentimiento.

—Hágalo si gusta, señor Stacey. Pero conste que mi opinión es que podrá resultar peligroso.

—Lo imagino. Y también creo que puede ser interesante.

Lucy pareció a punto de decir algo. Su marido le salió al paso con una de sus inatacables sugerencias:

—Tú aquí, quietecita. Recuerda que somos un equipo de dos, lo

cual nos permite una cierta ubicuidad. Abre los ojos y la cámara, y déjame que yo haga esto.

—De acuerdo, jefe.

Sin embargo no pareció quedarse muy a gusto. Como Detor Wami acababa de decir, aquella salida podía ser peligrosa; y Ned, por encima de todo, era su marido.

El capitán Zenowsky le llevó en su *torpedo* personal. La diminuta nave se diferenciaba bien poco de aquélla que había ocupado a raíz de la reciente batalla; únicamente en que iba equipada para velocidades superlumínicas.

Una hora de navegación les dejó en los confines de un sistema, alrededor de cuyo sol giraban una docena de planetas.

—Habrá que escrutarlos todos, uno a uno —comentó Zenowsky —. Va a ser un trabajo tedioso. Nosotros no estamos tan bien equipados como el *Achilles* —habló por la radio de corto alcance que le ponía en comunicación con sus hombres—. ¡Carson! Mantened los ojos bien abiertos y dispersaros. La rutina de costumbre. No dejéis nada por comprobar. Yo seguiré la corriente principal de ese cinturón de asteroides que gira entre el tercer y cuarto planeta.

Los pequeños aparatos, de tan escaso tamaño que apenas ningún detector espacial los tendría en cuenta, se distribuyeron en un abrir y cerrar de ojos. Zenowsky y Ned penetraron con suma cautela en la amplia órbita seguida por un incalculable número de planetoides, de tamaños que oscilaban entre unos pocos centímetros y algunos centenares de kilómetros de diámetro.

—Mirarlos de uno en uno, lo mismo que explorar un planeta palmo a palmo, sería tarea imposible —observó el capitán en beneficio de su invitado—. Hemos de fiar en nuestros detectores de radiaciones.

—Lo mismo que ocurre en el *Achilles* —repuso Ned.

—Exacto. Sólo que los nuestros tienen una potencia de captación muy inferior. Para lograr algo hemos de acercamos mucho... a no ser que se trate de una fuente de emisión muy considerable.

Llevaban recorrido un cuadrante de la órbita y los indicadores permanecían mudos. Los otros aparatos hablan completado cada cual una exploración preliminar de su planeta asignado, y se disponían a hacer lo mismo con los satélites de los que los tenían.

Zenowsky emitió un juramento.

—¿Cómo es posible? Una base capaz para nueve o diez naves de combate no puede estar tan camuflada...

—Quizá esto sea un simple lugar de reunión —aventuró Ned.

—No lo creo. Aquí hay algo; me lo dice el olfato. ¡Pero no se me ocurre qué puede ser!

Pasaron casi rozando un peñasco, tan enorme que su gran masa había sido capaz de retener una levísima atmósfera de gases pesados. La pequeña nave dio dos vueltas a su alrededor a fin de evitar pasarse algo por alto.

Nada. Enormes cráteres, silencio, ni el menor rastro de vida.

Pasaron de largo.

De súbito, tan inesperadamente que los dos hombres se sobre, una lucecita roja comenzó a parpadear en el cuadro de instrumentos.

—¿Qué es eso? —preguntó Ned.

El capitán no contestó. Sus dedos estaban afanándose en girar un dial mientras la luz pasaba por la tonalidad anaranjada y amarilla, hasta detenerse en el verde.

Una especie de ensordecedor chisporroteo resonó en los auriculares que los dos hombres llevaban colocados.

—Una emisora de radio —dijo Zenowsky—. Está emitiendo a una velocidad endiablada.

Esto no le importaba demasiado, salvo porque no podía entender el significado de aquellas señales. Sin embargo, tenía preparado un grabador que las recogía para ser estudiadas más tarde.

—Ahora, lo interesante es localizarla.

Llevaban a bordo aparatos adecuados para ello. La nave de exploración dio media vuelta para dirigirse de regreso al enorme asteroide que acababan de dejar atrás.

—¡Ahí está!

Ned no veía nada extraordinario. Se limitó a ver, oír y callar, mientras Zenowsky lanzaba una andanada de cohetes demoledores. Se produjo una prolongada explosión sobre uno de los picachos del asteroide y en el acto cesó aquella infernal algarabía en sus oídos.

—Parece que le ha dado de lleno —dijo por todo comentario.

—Era un tiro difícil, no crea —advirtió el capitán—. El blanco no tenía más de un metro de diámetro. Vamos a bajar.

—¿Será prudente? Quizá sería mejor… —fue a decir Stacey.

Le interrumpió la excitada voz de Carson.

—¡Capitán! ¡Capitán! ¡En el tercer planeta hay algo! ¡Supus y Gerard han sido alcanzados por algo! ¡No contestan!

Zenowsky lanzó una retahíla de maldiciones; y aún no había terminado con ellas cuando otro de sus hombres irrumpió en sus oídos.

—¡Capitán! ¡Este satélite está hueco por completo! Está escupiendo naves de combate a toda marcha…

—¿Dónde estás, Ruby? —bramó Zenowsky.

Nadie contestó. Sólo al cabo de unos instantes pudieron escuchar la voz de Carson; el hombre vacilaba y parecía a punto de echarse a llorar.

—Creo que… que le han dado a él… también, capitán. Estaba en el segundo satélite del quinto planeta.

—¡Retirada! —ordenó el capitán—. ¡Este sistema está más lleno de enemigos que un pantano de mosquitos! ¡Cada cual que procure llegar cuanto antes al *Achilles* e informe al comandante! ¡El bocado es demasiado grande para nosotros!

Las últimas palabras no llegaron a oídos de sus hombres, pues el pequeño *torpedo* acababa de ser sacudido como por un huracán. Todos los indicadores cayeron súbitamente a cero, se apagaron las luces del cuadro de derrota y el firmamento comenzó a dar vueltas alrededor de los dos tripulantes.

—¡Póngase la escafandra, rápido! —gritó Zenowsky—. ¡Nos han dejado sin energía!

—¿Saltarnos? —preguntó Stacey.

—¡No! Aquí estaremos más seguros. El golpe no puede ser muy fuerte porque la gravedad es casi nula en este pedrusco.

—¿Qué es lo que nos ha alcanzado?

—¿Y cómo diablos quiere que lo sepa yo? —gruñó Zenowsky, irritado—. Me he enterado, lo mismo que usted, de que los indicadores caían a cero: eso es señal de que todo ha dejado de funcionar a bordo —dio una nueva ojeada—. El caso… Parece que ya empiezan a cargarse otra vez…

Vigiló ansiosamente unos segundos, mientras el formidable peñasco se aproximaba sin cesar. Por fin renunció con un suspiro.

—Ni en un año tendríamos la suficiente reserva para llegar al

planeta más próximo. Esto está perdido. ¡Agárrese fuerte!

El golpe no fue suave, ni mucho menos. Por fortuna, el *diasteel* era prácticamente indestructible y fue la roca quien salió perdiendo en el choque. Saltaron, giraron como una peonza, volvieron a caer para saltar de nuevo... Por fortuna la escasa gravedad les permitía rebotar lentamente y las sacudidas, aunque brutales, resultaban soportables.

Finalmente, al cabo de lo que les pareció una eternidad, quedaron inmovilizados entre dos agujas de piedra que les sujetaban como las hambrientas mandíbulas de algún monstruo.

Se miraron,

—¿Qué hacemos, capitán? Usted es el hombre práctico en estas situaciones.

Zenowsky se echó a reír, aunque la situación no tenía la menor gracia.

—¡Práctico! Me he visto en muchas, pero no recuerdo dos que hayan sido siquiera semejantes, Stacey. Cuando se trata de sobrevivir por los propios medios sirve de poco la experiencia adquirida en circunstancias diferentes. Por lo pronto: no considero oportuno que nos quedemos aquí.

—Aprobada la idea por unanimidad, patrón —aceptó Ned—. Interesa que no nos encuentren cuando vengan a buscarnos.

En pocos segundos habían saltado al exterior, portando cada uno un enorme paquete que les hubiera sido imposible levantar del suelo en un planeta de gravedad terrestre. Allí llevaban el formidable peso sin el menor esfuerzo, y se alejaron dando enormes saltos de más de cincuenta metros de longitud.

Un reborde rocoso, que tenía toda la apariencia de la furiosa ola de un mar súbitamente petrificado, les proporcionó un escondite bastante seguro. Agazapados allí, aguardaron la aparición de los que les derribaran, mientras Zenowsky atisbaba por encima de su parapeto con la ayuda de un diminuto periscopio.

Conversaban en voz bajísima y con ayuda de los cables telefónicos de comunicación privada, pata evitar que les localizaran con goniómetros si empleaban la radio.

—Hay una cosa que no comprendo, capitán —observó Stacey.

—¿Qué es?

—Usted tiene más experiencia que yo en estas cosas. ¿Puede

decirme a qué se debe todo este enmascaramiento de una enorme base de naves de guerra?

—A veces lo he visto semejante en refugios de piratas.

—¡Pero éstos no parecen piratas ni contrabandistas! —protestó Ned.

—No veo por qué no han de serlo...

—Está bastante claro: esa gente procura pasar desapercibida, desde luego. Pero no me parece que la forma más sencilla dé lograrlo sea atacar a una nave que va buscándoles, cuando se encuentra a cincuenta años—luz.

—Visto desde ese ángulo... Sí, puede que tenga usted razón, Stacey.

—La tengo, no lo dude —afirmó Ned con angelical modestia.

—De acuerdo, sabelotodo —gruñó Zenowsky, no sabiendo si reír o enfadarse ante aquella seguridad—. Puesto que, según parece, se halla usted en posesión de los secretos del Universo, ¿por qué no condesciende a explicarme el motivo de que llevemos aquí más de media hora y no haya aparecido nadie a hacerse cargo de nuestros despojos? Empieza a dolerme la mano de tanto apretar este cacharro en ella.

Se refería al deflagrador preparado para hacer saltar una potente carga situada dentro del *torpedo* en el caso de que el enemigo se sintiera atraído hada él por una curiosidad que le hubiera resultado malsana.

La respuesta de Stacey le llegó tan rápida que el capitán empezó a dudar si lo que acababa de decir en tono de chanza, no sería literalmente la verdad:

—Quizá sea debido a que no hay nadie que sienta curiosidad por ellos.

—¿Cómo? —Zenowsky frunció el ceño, no comprendiendo muy bien.

—Creo que bromea, capitán. En caso contrario, lamentaré decirle que me está decepcionando.

—Puede estar seguro de que hablo en serio, Stacey. Y, si usted lo quiere así, estoy dispuesto a reconocer qué soy el mayor asno que jamás tripuló una astronave. ¿Cuál es su idea?

—Una estación automática.

Zenowsky abrió la boca, disponiéndose a rechazar aquella

afirmación por fantástica. Pero antes de que sus labios modularan una sola palabra había reflexionado lo suficiente para tomar la cosa con más calma, acabando por reconocer:

—Es posible que sea cierto. No comprendo cómo no se me ha ocurrido antes,

—Porque el monopolio de las ideas brillantes me corresponde a mí, capitán —manifestó Ned, con el mismo descaro que antes.

—Vamos a comprobarlo, pues.

No era tan fácil como hubiese podido parecer a primera vista. La misma facultad de dar grandes saltos, que les proporcionaba la casi nula acción gravitatoria del asteroide, resultaba un inconveniente cuando se trataba de avanzar conjugando la rapidez con la búsqueda de lugares donde su presencia pasara relativamente desapercibida.

Pero lo consiguieron. Un par de minutos después asomaban sus grotescas escafandras por un reborde rocoso para contemplar la estación de escucha que habían activado con su presencia en las proximidades. Zenowsky empuñó unos gemelos para observar más fácilmente.

—Está tan disimulada que no resulta extraño que no la captáramos al pasar por encima —comentó al cabo de un rato.

—¿Podremos acercarnos con cierta seguridad de que no nos asen las defensas?

—Lo dudo. Nuestros cohetes han destruido la antena, pero veo, al menos, dos proyectores neutrónicos o algo que se les parece mucho. Apenas hagamos un movimiento para salir al descubierto, nos localizarán.

—Un par de disparos bien dirigidos… —aventuró Ned.

—Es muy grande la distancia —negó el comando—. No llegarían con la suficiente fuerza para causar daños.

—Quizá podamos acercarnos un poco —insistió Ned, tomando los gemelos—. Allá abajo hay una especie de cortadura. Rodeando por detrás de estas rocas de aquí, me parece que se puede llegar a ella, y la distancia quedaría reducida a menos de la mitad.

Zenowsky estudió el movimiento sugerido por el periodista. Parecía factible, por lo que, con un gesto de asentimiento, abrió la marcha.

En cinco minutos habían alcanzado la nueva posición. Ahora

Zenowsky expuso un nuevo problema por

—Si los artilleros de esos proyectores son robots, y no tengo la menor duda de ello, necesitarán menos de una décima de segundo para localizamos a esta distancia y hacer fuego sobre nosotros, apenas asomemos.

—¿Qué tal tirador es usted? —inquirió Ned, como si no hubiera oído la objeción.

—Bueno.

—Entonces, lo que debe de hacer es...

Las instrucciones fueron breves, pero explícitas. Zenowsky asintió varias veces con la cabeza, maravillándose de la rebosante riqueza de recursos que se albergaba en el cerebro del periodista; finalmente, sacó su diminuto periscopio y comenzó a otear en la dirección deseada, mientras Stacey se alejaba a alguna distancia.

El capitán, localizado lo que le interesaba, preparó su rifle, graduándolo a la máxima intensidad de perforación. Estaba jugándose la vida, pensó; un fallo, un retraso en una casi inmensurable extensión de tiempo por lo pequeña, bastaría para llenarle la cabeza de neutrones viajando a la velocidad de la luz y en densa formación.

Su cerebro no cambiaría en el aspecto exterior; pero habría dejado de funcionar porque las células estarían alteradas hasta ser incapaces de llenar su cometido.

—¡Ahora! —le llegó por los auriculares.

Irguiéndose como impulsado por un muelle, con el mismo movimiento apuntó, disparó y volvió a retirarse.

Ned, que había levantado una botella de aire desde detrás de su propio escondite para captar la atención de los detectores y atraer su fuego mientras el capitán asomaba, repitió la maniobra a fin de comprobar los resultados. El recipiente metálico vibró en forma casi imperceptible.

—Fallamos, capitán —anunció—. Hubiera sido demasiado bueno acertar a la primera.

—Va siendo tiempo de que yo tenga alguna idea también, ¿no, Stacey? —respondió Zenowsky. Ned estuvo seguro de que sonreía.

—Veámosla.

—Sostenga esa botella, sin esconderla y en continuo movimiento. Así captará su atención de modo continuo y yo podré

disponer de más tiempo.

Ned reflexionó un segundo.

—No me gusta, Zeno —dijo—. Supongamos que se cansa del juego, al ver que no puede con la botella, y se revuelve contra usted antes de que haya acabado con él.

—Habrá que correr el riesgo... o nos exponemos a estar aquí toda la vida. Y...

Zenowsky calló de súbito. Había estado a punto de decir: *Y ésta no nos durará mucho,* pero no deseaba alarmar al periodista mientras no fuera imprescindible. En realidad, estaban perdidos a pocas horas de plazo, salvo que alguien, amigo o enemigo, viniera a sacarles de allí y renovar su provisión de aire respirable.

Se preguntó por qué deseaba seguir la lucha hasta el final. No había respuesta muy concreta. Quizá fuera el condicionamiento de muchos años haciendo lo mismo, exponiendo la vida hasta convertir el riesgo en una segunda naturaleza que le hacía olvidar la muerte siempre presente, hasta no hacerle caso, aun cuando tuviera la seguridad de que el resultado de aquella batalla no iba a servir para prolongar su existencia ni un solo segundo. En todo caso, acortársela, si aquel maldito robot actuaba como temía Stacey...

—¿Qué decía, capitán? —volvió a sonar, impaciente, la voz de Ned.

—Nada. La primera vez sacaré yo también una botella. Si da resultado, repetiremos la maniobra en la forma que he dicho,

—De acuerdo. ¿Preparado?

—Preparado —Zenowsky pronunció esta palabra sin soltar el arma.

—Allá va, pues.

El capitán conocía muy bien hasta qué grado de astucia podía ser condicionado un robot combatiente. Eran, al menos los más perfectos, muy difíciles de engañar dos veces seguidas con el mismo truco: Por ello no quiso realizar la prueba que él mismo había sugerido para tranquilidad de Stacey,

Así, apenas recibido el aviso del periodista, se irguió con toda sangre fría, preparado a encajar una andanada mortal de neutrones.

CAPÍTULO VI

No pasó nada.

Con una relativa sorpresa, Zenowsky se encontró pensando con la misma naturalidad que siempre; en sus miras tenía los dos electrodos gemelos que servían como conductores, y un poco encima la antena parabólica directora de tiro. El conjunto oscilaba levemente, siguiendo, al parecer, los movimientos de la botella sostenida por Ned; cada medio segundo parpadeaba una a modo de lucecita azulada en los extremos de las varillas metálicas, indicando que se acababa de producir un nuevo disparo.

Quizá fascinado por el espectáculo, o por querer asegurar el tiro, se entretuvo un poco. No más de un par de segundos. De pronto vio, con horror, cómo la diabólica arma abandonaba el juego para girar en su dirección.

Apretó el disparador.

La máquina se detuvo en seco. Un chorro continuo de neutrones golpeó la peña a menos de un palmo de la cabeza de Zenowsky cuando algo se descompuso en su interior. La coloración azul se hizo más intensa en el extremo del arma y también en la roca al lado del capitán. Luego, se apagó de pronto: el hombre había vencido al robot.

—¿Está bien, Zeno? —la voz de Ned, ansiosa, resonó en los auriculares del casco, sacándole de su abstracción.

—Sí... —contestó en un suspiro—. Vamos.

Aquella zona no estaba batida por el otro proyector que habían descubierto desde su primera atalaya. Sin embargó, adoptaron toda suerte de precauciones hasta encontrarse junto a la irregular construcción, disfrazada para confundirse con el paisaje de los alrededores.

—Todo esto es una capa de silicio puro —hizo notar Zenowsky —. Sirve para captar la energía del sol y convertirla en electricidad. Así se explica por qué nuestros aparatos no localizaron ninguna radiación en las proximidades: no hay ninguna pila atómica.

Tuvieron que escurrirse por una diminuta abertura, apenas capaz para sus cuerpos. El interior estaba atestado de aparatos por completo desconocidos para ellos. Ned comentó:

—El comandante Bedam se divertiría aquí dentro, sacando las

tripas a todo esto.

Zenowsky no contestó. Con su lámpara estaba escrutándolo todo muy interesadamente, como si buscara algo.

—Creo que es esto —dijo.

Y, sin la menor vacilación, tomó unos fuertes alicates de su equipo. Un chasquido y un fuerte chispazo eléctrico fueron la respuesta cuando aplicó las metálicas mandíbulas de la herramienta a un grueso cable. Los indicadores de todos aquellos artefactos cesaron de moverse.

—Es posible que Bedam... si alguna vez tiene ocasión de enterarse, me suelte los perros —dijo humorísticamente—. Pero a mí únicamente me han enseñado a destruir: eso he hecho. Volvamos al *torpedo*.

Ned le siguió, aunque no tan de prisa por su falta de práctica en andar bajo las condiciones imperantes en aquel pequeño mundo. Al llegar se encontró con que Zenowsky ya se había acomodado en el interior de la estrecha carlinga; le hizo señas de que le imitara y, cuando hubo obedecido, el capitán cerró la escotilla de acceso.

Ambos se despojaron de las molestas escafandras. Luego, Zenowsky hizo lo mismo con los guantes para manipular con más facilidad los controles de la radio subespacial.

—Espero que el poco *jugo* que van *escurriendo* los acumuladores sea bastante para permitirnos oír algo —comentó—. Tengo la corazonada de que el *Achilles* se ha puesto en camino hacia aquí.

La respuesta de los aparatos surgió instantánea, apenas localizada la onda del crucero:

—¡...teste! ¡Capitán Zenowsky, conteste! ¡Aquí *Achilles*!

—¡Adelante, Lester! ¡Te escuchamos! —dijo él capitán.

—¡Zeno! ¡Gracias al cielo! ¿Estáis bien?

—Lo mejor posible, aunque atados a un pedrusco. ¿Y vosotros?

—En medio del fregado más infernal que puedes imaginarte, chico. Una nube de estas endiabladas naves nos rodea como mosquitos hambrientos, y no damos abasto para deshacernos de ellos. Pero se nos da bastante bien: no pueden penetrar nuestras defensas. ¿Dónde estáis?

—En el cinturón de asteroides —Zenowsky le facilitó las coordenadas—. Tropezamos por casualidad con una estación automática de escucha, y nos derribó. Por fortuna hemos podido

inutilizarla, pero no hay forma de salir de aquí como no venga alguien a ayudamos. ¿Y mis muchachos?

—Solamente faltan dos torpedos, a más del tuyo. Los demás están bien y a bordo.

Zenowsky soltó un suspiro de alivio. El desastre para los suyos no había sido tan completo como imaginó al principio.

—¿Qué hay de una ayudita para nosotros?

—Nada a hacer por el momento, chico. Tómalo con calma.

—¿Qué remedio? —se resignó el comando.

Y se dispuso a esperar con toda la calma posible. Ned se dijo que, aunque consumieran un poco de oxígeno extra, no iba a pasar nada del otro mundo: se salvarían, o morirían igual con sólo unos minutos de diferencia. Sacó un cigarrillo y ofreció otro a Zenowsky. Éste, con una sonrisa, se saltó a la torera las ordenanzas, y aceptó.

—Póngase cómodo, Ned. Tenemos para rato.

* * *

Aquella misma era la opinión de Detor Wami. Sentado en su especie de trono de la sala de mando, vigilaba todos los indicadores que tenía a su alcance, y las preguntas, en especial al teniente Fahiya, se sucedían sin interrupción, alternadas con las no menos rápidas órdenes a los capitanes Carter y Alloway.

Lucila Stacey, con la mente dividida entre su marido y lo que estaba ocurriendo a su alrededor, permanecía en su asiento vigilando todo y pensando a la vez en Ned. Fue un alivio para ella saber que se encontraba bien y que sólo era cuestión de tiempo el que se 1e rescatara, lo cual le permitió prestar más atención a su cometido y a las explicaciones de Andy Jacques. Ante ellos tenían una pantalla, innovación lograda por Stacey para seguir mejor las incidencias de las exploraciones y encuentros con el enemigo. En estos momentos podía verse en ella el clásico armazón de una de aquellas astronaves—robot, preparándose a lanzar una andanada demoledora.

Las pantallas protectoras, que tan gran parecido tenían con una telaraña, centellearon al asimilar el enorme potencial de la descarga. Por un instante pareció que no iban a poder resistir y acabarían fundiéndose bajo la presión; luego, apenas una décima de

segundo después, se formó como una bola de fuego que fue despedida de regreso hacia la nave enemiga, envolviéndola en su resplandor. Se produjo una especie de silencioso estallido de energía y… un enemigo menos. Los restos de lo que había sido una potente máquina de guerra comenzaron a alejarse sin rumbo.

Posiblemente fue una casualidad lo que ocurrió a continuación. Pero hizo vacilar sobre su base la firme confianza que los tripulantes del *Achilles* tenían en la invencibilidad de su nave.

Dos aparatos enemigos hicieron blanco a la vez en el mismo punto de las pantallas defensivas. La descarga fue rechazada, como de costumbre, pero… en una sola dirección. La víctima quedó prácticamente desintegrada, en tanto su compañera repetía la suerte, ¡y la descarga pasó a través de las defensas como si éstas no hubieran existido!

El *Achilles* vaciló. Lo mismo que en el primer encuentro, las luces oscilaron hasta apagarse; las pantallas quedaron a oscuras y todos los indicadores señalaron cero, mientras la gravedad artificial desaparecía a su alrededor.

Sólo fue una decena de segundos antes de que se restableciera la normalidad. Sin embargo, al reanudarse el abastecimiento de energía, se encendieron unas luces rojas, que hasta entonces habían permanecido apagadas en e1 tablero de Detor Wami.

—¡Avería! —exclamó el almirante, mirándolas incrédulo—. ¿Qué ha ocurrido, Hsuan?

—Se ha abierto un boquete en el casco, señor —replicó el aludido, volviendo hacía él sus ojos almendrados—: Los equipos de reparación están trabajando en él y se han cerrado las compuertas estancas de acceso a ese sector. Ocurre algo más grave todavía, pero es de la competencia del capitán Alloway.

—¿De qué se trata, Alloway?

—Algo ha dañado la conductividad eléctrica de las pantallas, comandante —informó *defensa*—. Tardan mucho en rechazar las descargas enemigas, y no lo hacen con plena potencia, con lo que…

—Son prácticamente inservibles, ¿no? —le atajó Wami—. Muy bien. Haga lo que pueda, Alloway. ¡Carter!

—A la orden, señor.

—Ponga en funcionamiento todos los proyectores, ¡a la máxima potencia! Lance también un centenar de cohetes de ese nuevo

modelo que se nos dio para ensayar.

—Muy bien, comandante. Con mucho gusto.

Wami, con un cierto sentido de la estrategia, había intentado hasta ahora emplear el mínimo posible de sus armas a fin de que el enemigo ignorase su existencia. En realidad estuvo jugando como un gato con una docena de ratones... hasta darse cuenta de que eran demasiados ratones para un solo felino, por mucha que fuera su fuerza en relación a la de cada uno de aquellos: todos juntos podían ponerlo en un aprieto.

Jacques cambió el campo de visión de su pantalla, para que Lucila pudiera observar la salida de los cohetes.

Se trataba de unos proyectiles largos y delgados que salieron rugiendo de sus tubos para lanzarse como halcones sobre las naves adversarias. En apariencia no se distinguían de otros muchos modelos semejantes para combate en el espacio o bombardeos a distancia; había que verlos actuar para convencerse de que se trataba de algo verdaderamente nuevo y terrible.

Jacques siguió a uno de ellos en la pantalla. Lo vieron lanzarse como una flecha contra la presa elegida; ágilmente esquivó las defensas con un par de cambios de dirección en la milésima de segundo exacta, y su afilado morro penetró en el departamento donde se hallaban los generadores de popa. Lucy entornó los ojos para prevenirse contra la brillante explosión atómica que esperaba; no ocurrió nada de esto.

Simplemente, el esbelto cilindro atravesó la durísima aleación como si no hubiera existido, saliendo por el lado opuesto. Allí giró sobre sí mismo con la rapidez de una avispa revolviéndose contra un enemigo, y volvió a pinchar.

Luego se desentendió de la destrozada nave, completamente seguro de que ya no constituía un peligro, y dedicó su atención a la más próxima.

—¡Increíble! —exclamó la muchacha, boquiabierta por el asombro—. ¿Cómo actúa?

—Parece que piense por cuenta propia, ¿eh? —sonrió el teniente —. Están preparados para dirigirse hacia las fuentes de energía radiante. Una vez allí, entran en funcionamiento unos proyectores que descohesionan la materia en un amplio espacio, lo que les permite atravesar sin impedimento el obstáculo, con la consiguiente

destrucción de todo lo que cae en su camino. Si las averías así producidas han suprimido la energía, se olvidan de su víctima para buscar otra; caso contrario, regresan cuantas veces sea preciso hasta lograr su objetivo. Resultan mucho más eficaces y baratos que los torpedos suicidas, que causan una víctima a costa de su propia destrucción.

Estaban causando una verdadera hecatombe en las filas adversarias, ayudados por las propias armas ofensivas emplazadas en el *Achilles*. Pocos minutos después de dada la orden de emplearse a fondo, no quedaba enemigo en disposición de luchar, a menos de cincuenta mil kilómetros del crucero.

Y sólo entonces se vio que, decididamente, estaban inclinando a su favor la balanza del combate. El enemigo ya no se reponía con la misma rapidez con que era abatido, y sus ataques eran a cada momento más débiles.

—¡Son tercos! —gruñó Detor Wami.

Lucila se dijo que, de estar Ned allí, le hubiera replicado que no podían hacer otra cosa, puesto que eran simples máquinas con sus instrucciones, a las que no podían sustraerse. Ella no lo hizo, limitándose a observar cómo los últimos restos de la formidable flota que se les había opuesto eran borrados de la escena.

—No hay enemigo a la vista, señor —informó el capitán Carter —. ¿Dispongo el regreso de los cohetes no destruidos?

—Reténgalos en el espacio y dedique una docena para demoler cada una de las bases donde se ocultaban todas estas naves. El teniente Fahiya le dará las coordenadas necesarias.

Resultó que no bastaban. Pero cuando se le hizo notar a Detor Wami, éste replicó:

—Lo sé, capitán. Tenemos localizados más de diez hangares, y yo solamente le he pedido que destruya cuatro o cinco. Es una simple represalia y advertencia antes de exigir la rendición de la gente que guarnece este sistema.

Luego se volvió hacia Andy Jacques.

—Teniente; usted disfruta de una situación especial, aunque forme parte de la tripulación. En estos momentos necesito en su puesto a todos los hombres. ¿Sería tan amable de encargarse del rescate del señor Stacey y el capitán Zenowsky?

—¡Ya lo creo, señor! —Andy saltó en pie. No necesitaba más

instrucciones, puesto que sabía perfectamente la técnica empleada en tales casos.

Lucila le siguió en su movimiento, obligándole a volverse.

—Yo voy contigo, Andy —dijo—. No quiero perderme esa parte del programa.

—Mira, Lucy… —dudó el teniente—. Creo que puede ser muy interesante lo que veas aquí también. No hay necesidad de…

—¿De arriesgarme? —rió—. Temo que hayan pocos peligros ahora por ahí fuera. El *Achilles* los ha barrido todos. ¡Ya empiezo a aburrirme de estar siempre apoltronada en esa butaca!

Detor Wami asistía a la escena, contemplando en silencio a sus protagonistas. Se creyó obligado a intervenir.

—Mi consejo es que haga caso al señor Jacques, señora Stacey. Sin embargo, no me opondré en absoluto a que vaya con él.

—Desde luego que iré —afirmó la muchacha muy decidida—. Y… muchas gracias por el consejo. Perdone que no lo siga, almirante.

—No hay nada que perdonar —replicó Wami, muy galante. Con una sonrisa la despidió.

Se olvidó de ella apenas perderla de vista. La dirección de las siguientes maniobras del *Achilles* atrajo la vigilancia de su mente, apartándola de todo lo que no fueran las pantallas, indicadores y luces que tenía ante sí, hasta identificarle por completo con los mecanismos que daban vida a la gigantesca astronave.

Carter se dedicó concienzudamente a demoler las cinco bases seleccionadas por el almirante. Se trataba de las más pequeñas, situadas dos de ellas en sendos satélites de los planetas interiores, y las demás en el cinturón de asteroides. Los cohetes perforadores penetraron profundamente en el suelo de los pequeños astros para, acto seguido, estallar la concentrada energía de sus mecanismos en gigantescas explosiones atómicas que asolaron las enormes cavernas subterráneas, hundiéndolas y sepultando cuanto hubiera en su interior hasta dejarlas por completo inservibles.

Sería más sencillo hacer otras nuevas que rehabilitar aquellas para el uso.

—Orden cumplida, señor —dijo brevemente al terminar.

—Bien. Acerquémonos un poco al cuarto planeta. Veremos si hacen algún signo de querer rendirse.

Poco después quedaban estabilizados sobre la base mayor de las descubiertas en el sistema. Aun sabiendo dónde se encontraba, era difícil distinguir sus escasas instalaciones de superficie a causa del perfecto enmascaramiento.

—¿Ha encontrado algo, Lester, que parezca indicar un deseo de comunicarse con nosotros? —inquirió Wami.

—Nada, comandante —repuso el oficial de *comunicaciones*—. Hay muchas emisiones de radio en el espacio, procedentes de todas partes. Ahí abajo hay, al menos, cuatro emisoras transmitiendo; pero ninguna parece querer comunicarse con nosotros. Aunque...

—Aunque... ¿qué? —dijo el almirante, al ver que vacilaba.

—Nada, señor; que no sé de que forma íbamos a enteramos de si querían hablarnos. Es imposible entender nada de lo que dicen.

—Se supone que se trata de una raza con la que no hemos tenido contacto alguno hasta ahora. Lo extraño sería que comprendiésemos su idioma —ironizó el comandante del *Achilles*—. ¡Carter! Lánceles un cohete en dirección a una de esas antenas, como aviso.

—Muy bien, señor.

El jefe de armamento ofensivo dispuso un proyectil autodirigido, capaz de seguir una emisión de radio hasta su punto de origen, lanzándolo inmediatamente.

No llegó a su destino. Todos pudieron observar en sus distintos detectores cómo el cohete abandonaba el costado del *Achilles* para perderse rápidamente en dirección al verdoso mundo que tenían doscientos mil kilómetros más abajo. El arma, con tiempo suficiente para acelerar, podía sobrepasar la velocidad lumínica; el recorrido no bastaba en este caso, pero era prácticamente invisible al ojo humano cuando había llegado a mitad de canino. De pronto se produjo un destello rojizo en medio de las selvas que Fahiya podía observar como si las tuviera al alcance de la mano; el destello ascendió despacio en apariencia, pero no necesitó más de un par de segundos para llegar a la altura del cohete. Lo envolvió en su fulgor, y el terrible proyectil demoledor dejó de enviar señales al *Achilles* o recibirlas de ninguna parte: sus motores se detuvieron y cayó por su propio peso ahora y ayudado por el terrible impulso que llevaba, tan inofensivo como cualquier estrella fugaz de una noche de verano.

—Parece que quieren defenderse todavía —comentó Carter, irritado.

—Les daremos algo que no podrán digerir con tanta facilidad —gruñó Detor Wami, ordenando seguidamente, con un repentino impulso—: ¡Abajo hasta diez mil kilómetros de la superficie! ¡Alloway! ¡Carter! ¡Prepárense! ¡Fahiya! Comunique al capitán Zenowsky la orden de no acercarse al *Achilles* ahora. Podría serles peligroso.

Algunos de los oficiales estuvieron a punto de objetar, y hubo quien lamentó qué no se hallara presente el periodista. Éste tenía la suficiente fuerza oratoria para hacerlo con éxito.., y no le inspiraba el menor temor la ira del almirante. En ausencia de Stacey se limitaron a inclinar las cabezas, maldecir en su fuero interno por aquella locura que podía ponerles al alcance de terribles armas basadas en tierra, y apretar los dientes esperando que ocurriera lo mejor.

Por desgracia, fue lo peor.

Carter envió por delante una andanada de un centenar de cohetes de variadas características, con ánimo de tantear las defensas. Ni uno solo llegó a cincuenta mil kilómetros de distancia de la superficie del verde planeta: una multitud de rojas bolas de fuego se elevaron corno globos, e indefectiblemente, cada una de ellas fue a envolver su previamente elegida presa. El capitán palideció un poco.

—¡Deje de enviar cohetes, Carter! Es inútil. Ya veremos si pueden con nuestros proyectores —amenazó Detor Wami.

—Para ponerlos a nuestro alcance, tendremos que penetrar en e1 radio de acción de esas esferas, señor —advirtió Alloway, sin poder disimular su preocupación.

—Son de energía, ¿no? —se burló el almirante—. Y hemos quedado en que nuestras pantallas podrían soportar cualquier radiación. ¡Déjelas que vengan!

Una multitud de aquellas, bolas ascendió como una nube hasta el *Achilles* apenas rebasada la distancia de cien mil kilómetros. Como había dicho Wami, las pantallas protectoras resistieron su asalto, al menos de momento.

Eran extrañas en su comportamiento. En lugar de disolverse, se adherían a la densa red de defensa durante varios segundos; luego

se esfumaban por completo, pero no antes de haber sobrecargado los cables de abastecimiento de energía.

Alloway estaba temiendo que no pudieran resistir aquella situación mucho tiempo. En voz baja, y a través de un cable de comunicación privada entre ambos, hizo partícipe de sus preocupaciones a Carter.

—Procura destruirme esos proyectores lo primero. Como sigan así mucho rato, me van a derretir las pantallas.

—De acuerdo, muchacho —asintió—. Procuraré hacerlo, pero todavía no puedo... Tendrás que esperar.

Esperó. Una lucecita roja, de alarma, comenzó a destellar en su panel: primera avería. Por fortuna carecía de importancia y pudo ser reparada desde el interior por el servicio de emergencias.

Y seguían acercándose al planeta.

—Ensaye esos proyectores, Carter —dispuso Wami, no muy tranquilo tampoco. Pero era terco y antes se hubiera dejado matar que dar una contraorden a algo que había dispuesto con anterioridad.

Carter lanzó un haz de rayos disruptores contra el origen de aquellos globos rojos. El ahora casi continuo chorro de destellos dejó de brotar por aquel lado cuando la máquina que los proyectaba quedó convertida en algo tan quebradizo que una simple brisa hubiera bastado para desintegrarla.

Pero fue una victoria costosa. En el espacio habían miles y miles de esferas de energía, y, al disminuir la potencia de las pantallas protectoras con el funcionamiento del lanzarrayos, se precipitaron en masa a la parte débil, destrozándola pata adherirse como lapas a la gruesa coraza de *diasteel*.

Alguien, en la sala de control, tuvo una reacción inmediata. Quizá fue algo instintivo, provocado por el pánico. Sin embargo salvó al *Achilles* del completo desastre.

—¿Quién ha ordenado este cambio de rumbo? —bramó Detor Wami, viendo que la nave daba un brusco viraje para alejarse diagonalmente de su ruta anterior.

Nadie contestó. Simultáneamente con su última palabra, toda la energía que circulaba por la intrincada red de conductores del crucero se esfumó en la nada, dejándoles a oscuras y sin comunicación posible con el exterior.

El *Achilles*, convertido en un cuerpo muerto, continuó alejándose del planeta a enorme velocidad, llevado únicamente del impulso que le diera aquella corta aceleración. Las rojas esferas que llevaba adheridas a su costado se fundieron en una, hinchándose hasta colosales dimensiones, y luego desaparecieron como si nunca hubieran existido.

Dos diminutas navecillas detenidas en el espacio a varios miles de millones de kilómetros de distancia, emitían llamadas por sus débiles emisoras:

—¡*Achilles*! ¡*Achilles*! ¡Aquí Zenowsky! ¡Conteste, *Achilles*!

No obtuvieron respuesta alguna de la nave sorda, ciega y muda, que continuaba su errática marcha por el vacío. Aquel Aquiles moderno, mucho más invulnerable que el de la mitología griega, acababa de descubrir, a su costa, que también tenía su talón por el que podía ser vencido.

CAPÍTULO VII

—Yo no espero más —gruñó el capitán Zenowsky, agitándose intranquilo en la estrechez de la carlinga de su diminuta astronave.

—Recuerda que tienes tus órdenes, Zeno —advirtió Ned—. Al almirante podría sentarle mal tu llegada.

—Pero... ¿te has dado cuenta de que hace más de veinte horas que aguardamos una palabra? Para mí que ha ocurrido algo... y no agradable, precisamente.

—¡No creerás que han podido..,!

—¡Eso mismo! —replicó el comando, sin dar tiempo a Ned para que completara su frase—. ¡Ya sé que el *Achilles* es prácticamente indestructible, que se necesitaría que lo aprisionaran entre dos planetas de buen tamaño para que le hiciesen verdadero daño! Pero ¿puedes decirme a qué se debe este silencio tan prolongado, si no?

—Yo soy de su misma opinión, capitán —intervino en sus auriculares la voz de Andy Jacques—. Creo que debemos acercarnos a investigar.

—Yo también pienso lo mismo, muchachos —le apoyó Lucy Stacey—. No se trata de que crea que ha ocurrido algo grave, sino que ya no sé de qué postura ponerme para estar menos incómoda en esta lata de conservas, y quiero salir de ella como sea.

Sus jocosas palabras no lograron arrancar más que media sonrisa de los labios de los hombres. Incluso Ned, que se empeñaba en negarlo, se sentía intranquilo por aquel inexplicable y prolongado silencio del *Achilles*.

Y no sirvió para devolverles su buen estado de ánimo el hecho de que llegaran a las proximidades del planeta y no encontrasen ni rastro de la nave.

Desconcertados, se miraron, cada uno con su acompañante.

—No lo entiendo. ¿Cómo es posible que se hayan ido sin decirnos nada? —murmuró Zenowsky.

—Quizá se hayan desplazado hacia otra parte del sistema... —sugirió Ned, siempre optimista.

—Imposible.

—Podemos buscarles...

Zenowsky movió negativamente la cabeza.

—Este torpedo está averiado, no lo olvides. La carga de energía

que nos ha cedido Jacques no basta para sacarle una velocidad que valga la pena… sin contar el radio de acción.

—Puede ir él —insistió Ned.

—Tendrá que hacerlo solo —medió Lucila—. He estado a punto de perderte una vez, y no consentiré marcharme, dejándote aquí.

—No discutamos más. No vale la pena —dijo Zenowsky—. Primero descenderemos en ese planeta, que parece bastante habitable. Una vez en él, ya se verá quien permanece con este trasto… que todavía puede servir de mucho ahí abajo, y quién sale en busca del *Achilles*.

La algarabía de emisiones radiales había cesado muchas horas antes, y el silencio reinaba en todas las ondas que continuamente tanteaban en busca de algo que les diera un indicio. Ned hizo un comentario al respecto, mientras picaban hacia el astro que era su meta de momento.

—Se han callado todas esas cotorras. Seguramente es porque ya no hay enemigos en las proximidades.

—Es probable —asintió Zenowsky—. El sistema debe estar plagado de estaciones de alarma como ésa que nos tropezamos nosotros, lo cual indica que es una base muy bien guardada.

—Pues el *Achilles* estaba dando buena cuenta de toda su guarnición…

—Eso creíamos. Ahora ya no podemos estar tan seguros hasta que no sepamos qué es lo que ha ocurrido.

El descenso, por fortuna para ellos, lo realizaron en un paraje lo suficiente alejado de la base que resultó demasiado enemigo para el crucero; ningún detector señaló su presencia y, por tanto, no salieron a su encuentro las fatídicas esferas rojas que, sorbiendo su escasa energía, hubieran precipitado las navecillas a una destrucción segura.

Posados en un diminuto calvero de la impenetrable selva, a orillas de un arroyo cuya corriente aparecía cubierta de una maraña de lianas y ramas de los árboles circundantes, celebraron una especie de consejo de guerra.

—El *Achilles* no puede estar muy lejos —opino Zenowsky—. Con todos sus defectos, Detor Wami no tiene el de abandonar a sus hombres sin razones de peso. Ni tampoco es aficionado a dar la espalda al enemigo.

—Entonces hemos de concluir que nos ha dejado aquí contra su voluntad —dedujo Ned—. Yo también opino así. Ahora, ¿qué es lo que ha ocurrido?

—Sería bastante inútil que perdiéramos el tiempo en cábalas, sin una base en que sustentarlas —aportó Andy por su cuenta—. El único hecho cierto y real es que estamos aquí, abandonados a nuestras propias fuerzas y contando solamente con estos dos cascajos que apenas nos pueden llevar a ningún sitio. ¿Qué conviene hacer?

—Bien dicho —aplaudió Lucila con el práctico sentido femenino de las cosas—. A ver, capitán: ¿qué instrucciones dan los manuales militares para un caso como éste?

—¿Es una broma… o va en serio? —receló Zenowsky, a cuya memoria acudieron ciertos rumores sobre el supuesto lapsus que se pretendía llenaran los periodistas con su presencia a bordo de una nave de combate.

—Completamente en serio, desde luego. Esos libros están escritos recogiendo las experiencias de cientos, quizá miles, de personas que se encontraron en situaciones semejantes a la nuestra. No cuesta nada comprobar si pueden servirnos de algo en el presente apuro.

—Pues… —Zenowsky hizo memoria—. La primera regla es conservar la serenidad y no permitir que el miedo o la desesperación oscurezca nuestro buen juicio.

La muchacha paseó una critica mirada por los rostros de sus compañeros.

—Temo que esa parte es inútil en nuestro caso. Nos encontramos todos tan serenos como si estuviéramos merendando en nuestra propia casa. Veamos lo que sigue…

—Siguen después consejos para realizar un inventario de todo cuanto pueda ser de alguna utilidad…

—Eso lo sabéis vosotros dos de memoria, y nosotros tenemos una idea bastante aproximada —atajó Ned—. Continúa.

—Debemos percatarnos de lo que haya por nuestros alrededores. Posibles peligros, cualquier cosa que podamos aprovechar en nuestro beneficio, y todo eso —concluyó algo ambiguamente.

—¡Pamemas! —se irritó Stacey—. En resumen: lo que dicen esos libruchos es algo que se le ocurriría a cualquiera que supiese

leerlos. Y para un niño de pecho, ¡maldito lo que iban a servir!

El capitán sonrió amablemente.

—No te contradigo, Ned. Ahora bien: como resulta que tú eres el cerebro despejado y sin prejuicios de la expedición, supongo tendrás la amabilidad de guiar a nuestras anquilosadas mentes en la difícil tesitura en que nos hallamos.

A nadie se le escapó el irónico retintín que rezumaban sus palabras. Ned, sin embargo, se hizo el desentendido, cual si las interpretara en su valor literal.

—De acuerdo, Zeno. Con mucho gusto lo haré, si me haces el favor de disminuir nuestra reserva de provisiones en un cigarrillo... Gracias —dijo, cuando el capitán se lo hubo proporcionado y se disponía a encenderlo.

Satisfecho, exhaló una nube de humo hacia una especie de insecto que se arrastraba penosamente sobre una rama a dos palmos de su cabeza.

—Seré lo más breve posible. Ruego que nadie me interrumpa y así terminaremos antes —nueva chupada al cigarrillo, mientras los otros asentían—. El *Achilles* ha llegado hasta aquí en busca de un poder desconocido que obstaculizaba nuestra expansión por esta parte de la Galaxia. Ya sabemos algo de ese poder, pero poco. Aquí, en este planeta, hay una especie de... digamos representación suya, y todos los indicios apuntan en el sentido de que le han dado un disgusto al *Achilles*. Sumando todo esto con el hecho de que pertenecemos, en uno u otro sentido, a la dotación del crucero, no nos queda sino dividir nuestras actividades en dos direcciones: primera, tratar de cumplir los deberes que nos impone la misión que nos ha traído a este rincón del Universo; segunda, buscar la forma de salir de este brete y regresar con nuestros semejantes.

Calló, tan satisfecho como si con aquel breve discurso hubiera proporcionado a la humanidad una solución sencilla a todos sus problemas. Lo malo era que los otros no tenían nada de telépatas y quedaron, poco más o menos, tan enterados como estaban antes.

—Muy hermoso... —murmuró Zenowsky, elevando los ojos al cielo, como extasiado —. Lo malo, señor sabihondo, es que no nos has dicho nada nuevo: todo eso, quizá con otras palabras menos poéticas y rimbombantes, está en los manuales de que tanto te burlas.

—¿De veras? —Ned le miró tan asombrado como si, de pronto, el oficial hubiera mostrado unas irisadas alas de mariposa en la espalda y se dispusiera a emprender el vuelo con ellas—. Y, dime, dime... ¿Explica allí, también, la forma en que hemos de llevarlo a cabo?

—No, claro... ¿Cómo va a hacerlo? Cada caso tiene sus peculiaridades que lo hacen distinto de los demás. El dar solución a esos problemas depende de que los interesados adopten las medidas más adecuadas...

—¡Muy bien dicho, sí, señor! —aplaudió Ned—. Y tú, hombre culto, que te has pasado los mejores años de tu vida leyendo durante el día esos magníficos monumentos de la literatura humana, y permitiendo que, por la noche, una máquina fuera grabando a cincel su contenido en ese maravilloso cerebro que luces... ¿tienes la respuesta a este caso concreto?

—Habrá que pensarlo un poco, examinar...

—¡Narices! —le atajó el periodista, nada académicamente—. Yo tengo la solución. Sí no la habéis querido ver todavía es porque, para mi desgracia, no he sabido rodearme hasta ahora sino de deficientes mentales.

—¡Habla de una vez, pues, diablos! —le increpó Andy, que había asistido de espectador neutral. Con una mirada se excusó ante su superior por aquel estallido—. Perdón, capitán. No he sabido contenerme. Este individuo es capaz de sacar de quicio al más ecuánime.

—Lo único que le reprocho es que se me haya adelantado, Jacques —sonrió Zenowsky—. Si hicieras el favor de condescender...

—Muy gustoso. Por lo pronto, tú, Zeno, vas a tomar el *torpedo* de Andy y darte una vueltecita por ahí, con los ojos y las pantallas bien abiertos, para ver si localizas algún rastro del *Achilles*. Luego, vuelves y nos cuentas lo que hayas descubierto.

—Y vosotros, entre tanto, ¿qué?

—Nosotros, guiados por la cegadora luz de mi prodigiosa mente, pasaremos el rato averiguando todo lo que nos sea posible acerca de nuestros desconocidos vecinos. Quizá llegue a ponerme a pensar en serio y, cuando vuelvas, te encuentres con que yo sólito los he dominado y me he hecho erigir en rey, o presidente, o lo que ellos

usen por jefe supremo.

El rimbombante vocabulario de Ned arrancó sendas carcajadas a Lucila y Andy Jacques. Zenowsky no pudo evitar que una amplia sonrisa abriera su boca; pero puso inmediatamente un rostro serio, para decir:

—Me parece muy bien ese proyecto, Ned. Sin embargo, no puedo aprobarlo.

—¿Qué tiene de malo? —se extrañó el periodista.

—Nada, en principio; ya lo he dicho. Únicamente que me es imposible permitir que os enzarcéis en complicaciones, sin estar yo aquí para controlar...

—Puedes nombrar tu segundo, a esos efectos, a Andy —sugirió Ned sin perder el aplomo.

—¡Tienes respuesta para todo! ¿No? —se indignó Zenowsky—. ¿Y qué pasará si le envío a él en el *torpedo*?

Stacey se encogió de hombros.

—Yo no tengo el mando. Allá vosotros. Únicamente, permite que sugiera una cosa: estamos perdiendo el tiempo en forma lastimosa.

—No lo perderemos más. Usted, teniente —Zenowsky miró cara a cara a Jacques—, realizará una exploración cuidadosa en todo el sistema, alejándose hasta un año—luz del sol. Busque cualquier indicio que pueda darnos una solución al misterio de la marcha del *Achilles*... pero teniendo mucho cuidado de no aproximarse a menos de cien mil kilómetros de todo cuerpo mayor que una pelota, a fin de no poner en acción las estaciones de alarma automática. ¿Ha comprendido?

—Perfectamente, señor —el joven miró de modo significativo hacía los otros dos—. Pero...

—No se preocupe por ellos. Quedan bajo mi custodia.

—Muy bien.

En unos instantes hicieron el inventario de lo que transportaban las pequeñas naves, y apenas hubo necesidad de trasladar alguna cosa de una a otra: los equipos de ambas eran muy semejantes y sólo tuvieron que compensar, en objetos aprovechables en un planeta con atmósfera y, posiblemente, alimentos, la diferencia numérica de una y otra partida. El equipo de emergencia, consistente en reservas de aire y otros objetos necesarios en lugares faltos de atmósfera y gravedad, fue dejado íntegro en el *torpedo* de

Andy, agregándosele todavía unas cuantas botellas más.

El joven teniente partió, prometiendo estar de vuelta dentro del plazo de cuarenta y ocho horas como máximo.

—Ahora, nosotros —dispuso Zenowsky—. Nuestra primera medida, y espero que no la consideres acertada, será acercarnos al objetivo.

—Me parece muy bien —le chasqueó Ned—. Es una idea muy juiciosa, porque desde aquí no creo que podamos hacer cosa alguna.

Zenowsky frunció el ceño, pareció a punto de decir algo y, finalmente, apretó los labios con fuerza. Ned Stacey tenía la virtud de desconcertarle aun con la más intrascendente observación.

El riachuelo a cuyas orillas habían descendido seguía un curso semejante al que les interesaba a ellos. Apretujados dentro de la diminuta carlinga, se pusieron en marcha.

La pequeña astronave estaba provista de dispositivos anuladores de la gravedad; gracias a ellos pudieron marchar a reducida velocidad, casi arrastrándose sobre las aguas, durante algunos kilómetros. Luego tuvieron que abandonar la corriente, trepar a las alturas de una antiquísima formación montañosa, ahora cubierta de selva hasta la cumbre, y seguir otro arroyo hasta su desembocadura en otro mucho mayor.

Allí tropezaron con el primer obstáculo en forma de una de aquellas endiabladas esferas rojas que, sorbiendo todo el poder de los generadores, les precipitó al fondo de las aguas.

—¿De dónde ha salido? —preguntó Ned, reponiéndose rápidamente de la impresión.

Estaban relativamente seguros allí abajo, pues el sistema de abastecimiento de aire respirable funcionaba por su propia presión y no había sido afectado por la falta de energía. Podían, pues, mantenerse de un modo casi indefinido.

—De la otra ribera —repuso Zenowsky—. No podemos salir de aquí sin que nos alcancen otra vez.... aparte de que este cascarón no puede moverse por sí solo.

—Tengo un plan —murmuró Ned.

Corno siempre que decía algo por el estilo, Zenowsky le miró sospechosamente. La desconfianza hacia el periodista había llegado a hacerse en él una especie de costumbre.

—A ver...

—Voy a salir, metido en uno de esos trajes espaciales. Andando por el fondo del río llegaré al otro lado, y...

—¡No! ¡Me corresponde a mí correr los riesgos! —afirmó el capitán, decididamente.

—¡Déjate de monsergas, Zeno! Tú eres necesario aquí. Enfúndate en otro de estos uniformes de andar por el espacio y procura remolcar el cohete de regreso hacia donde esté fuera del alcance de esas condenadas bolas.

—¿Y por qué no lo hacemos al revés? —insistió Zenowsky.

—¡Porque ya hemos perdido demasiado tiempo! La idea es mía y reclamo el derecho de ponerla en práctica.

—Te acompañaré, al menos. Y no trates de negarte. Recuerda que esto es cuestión militar, y yo soy el de mayor graduación.

—Y el único... —ironizó Ned—. Está bien. Tú, Lucy, quédate aquí. Estarás segura, y siempre puedes salir nadando en último caso. No puedes ponerte tozuda como Zeno, porque no hay traje espacial para ti.

—¡Pues maldita la gracia que me hace! —protestó la muchacha —. ¿Qué podré contarle a mi público, si todas las aventuras las corres tú?

—Puedes tomar vistas de la fauna del río. Dentro de un rato acudirán a inspeccionar este pez tan raro que, de pronto, ha caído en medio de su casa.

Resultaba complicado equiparse en tan reducido espacio, pero lo lograron en un tiempo que les pareció larguísimo. Ned fue el primero en salir, escurriéndose con gran dificultad por la pequeña esclusa, que había quedado casi tapada por el cieno del fondo; detrás de él lo hizo Zenowsky.

El fondo del río era desigual, y el agua se arremolinaba en los enormes peñascos, creando remolinos que, a veces, los arrastraban varios metros. Por fortuna, las resistentes corazas de *diasteel* eran capaces de soportar golpes mucho peores y, por fin, luego de más de una hora de luchar contra la corriente, treparon por un resbaladizo talud. Las gruesas raíces de un añoso gigante de la selva les sirvieron de asideros, permitiéndoles un más rápido progreso, y en pocos instantes se hallaron con las grotescas escafandras fuera del agua, rodeados por todas partes de un lujuriante verdor: las ramas colgantes de los árboles caían hasta rozar la corriente con sus

extremos, formando una cortina casi impenetrable.

A rastras, procurando hacer el mínimo posible de ruido, se deslizaron luego de orientarse. Cinco minutos después se detenían ante el inconcebible espectáculo que acababa de ofrecerse a sus ojos.

—¡No puede ser! — jadeó Zenowsky.

CAPÍTULO VIII

A primera vista, la cosa no parecía tan extraordinaria: un trozo más de frondosa selva, con árboles de todas las edades imaginables, desde el esbelto tallo apenas recién nacido hasta el corpulento de varios metros de circunferencia en la base del tronco. Por las ramas saltaban unos pequeños animales semejantes a ardillas, y sus agudos silbidos formaban una fenomenal algarabía mientras un grupo de ellos se peleaba por algo que los terrestres no podían ver bien...

Lo que ya no era tan corriente es que allí se alzaran las construcciones de la estación de escucha que les había precipitado en el río: un viejísimo coloso vegetal, casi sin energías para mantener ya el verdor de sus hojas, brotaba entre los metálicos zancos de una torre de observación. Sus raíces habían desplazado a los cimientos, y el armazón se inclinaba peligrosamente, sostenido sólo por el férreo abrazo de una especie de hiedra que lo sujetaba al árbol y envolvía por completo su estructura, apenas permitiendo discernir la naturaleza de lo que le servía de apoyo para proyectarse hacia las alturas. A corta distancia, una achaparrada construcción presentaba el mismo aspecto de secular abandono, con un enorme tronco caído sobre ella, sin que nadie se hubiera preocupado de apartarlo. El proyector de las rojas esferas aparecía allí, torcido bajo el peso del madero, aunque todavía en disposición de funcionar según les había demostrado poco antes.

Y lo más extraordinario de todo ello era que las verdes ramas que se interponían en la línea de tiro aparecían chamuscadas, prueba definitiva de que, durante muchísimos años, nadie se había preocupado por mantener el lugar en medianas condiciones.

—Lo raro es que... —Zenowsky se rascó... o intentó hacerlo: sus enguantados dedos golpearon metálicamente el casco que le cubría.

—Si no lo viera, diría que no puede ser —murmuró Ned—. ¡Eso tiene el aspecto de no haber sido cuidado desde hace siglos!

—Por lo menos nos da cierta seguridad de que lo encontraremos desierto. Vamos allá. No se ve ningún cañón neutrónico como el que nos encontramos en el asteroide.

La casamata no presentaba abertura visible alguna entre la densa capa de vegetación que la cubría. Sólo después de mucho

buscar encontraron lo que parecía ser una entrada, y Zenowsky se vio obligado a perforar la dura plancha metálica para abrirse paso.

El interior estaba impecable, y era muy semejante al de la estación de escucha con la que habían topado anteriormente en su vuele exploratorio. Zenowsky, al igual que entonces, cortó el cable de conducción de energía.

—Dejemos que muera del todo —fue su epitafio.

Ned se quedó mirando pensativo el extremo del cable

—Oye, Zeno. ¿Qué nos trasladó Andy cuando vino en nuestra ayuda al asteroide?

—Electricidad para los acumuladores, claro —repuso el capitán.

—Entonces, ¿quieres explicarme por qué fuimos tan zoquetes de esperar a que alguien viniera a sacarnos, cuando podíamos habernos abastecido, lo mismo que ahora, de ahí? —y señaló el conductor que Zenowsky había cortado.

Éste negó con la cabeza.

—No sirve. Carecemos de un transformador.

—¡Vaya! —Ned torció e1 gesto—. Parece que voy perdiendo facultades... o vosotros las ganáis con mi compañía. ¡Una de mis geniales ideas era una idiotez!

—Todavía tienes ocasión de rehabilitarte —ironizó el comando —: 1ngéniate la manera de sacar el *torpedo* del río, y luego la forma en que hemos de seguir adelante.

—Sobre la marcha irán acudiendo las ideas —se escabulló.

Ahora que no tenían necesidad de ocultarse les resultó mucho más sencillo y breve regresar al sitio donde Lucila continuaba bajo las aguas: los trajes espaciales de que iban vestidos llevaban pequeñas unidades antigravitatorias y cohetes para desplazarse en el vacío; un corto vuelo les llevó a la otra orilla del río.

—Espérame aquí —dijo Ned—. No es necesario que bajemos los dos.

Se zambulló. El peso de la armadura le arrastró como una piedra al fondo..., y se quedó helado de espanto ante la escena que se presentó a sus ojos.

Un enorme animal acuático, una especie de cangrejo tan grande como un elefante, pretendía merendarse el cohete con todo su contenido.

Ned se serenó pronto. El *diasteel* era hueso demasiado duro para

cualquier ser viviente y las agudas pinzas no lograban siquiera rayarlo pese a aplicar toda su colosal potencia. La navecilla iba de un lado a otro en la pequeña depresión donde había ido a caer. Lucila debía de estar mareada allí dentro, y un no poco asustada, aunque, en realidad, no corría el menor peligro.

El periodista se preguntó qué iba a hacer. El bicho aquel podía cansarse pronto de aquel juego, lo mismo que tener una paciencia o tenacidad a prueba de fracasos y pasarse varias horas tratando de masticar el *diasteel*. Se decidió a actuar, no muy seguro de cómo iba a hacerlo.

El *cangrejo* no se dio cuenta de la aproximación del nuevo enemigo hasta que Ned estuvo prácticamente entre sus fenomenales pinzas. Un gancho de la diamantina materia del traje espacial quedó sujeto a la articulación de aquella extremidad con el cuerpo, e inmediatamente el periodista se alejó, largando el cable fijado a la pieza.

Trató de hacerlo, mejor dicho. Aquel animal era sumamente ágil, pese a su torpón aspecto, y dio un salto para caer sobre Stacey. Seguramente lo hubiera aplastado a no ser por la coraza, y aun así el golpetazo aturdió unos instantes a Ned. Al recobrar sus facultades estaba siendo brutalmente zarandeado por aquel leviatán.

El cable continuaba en su mano. Stacey consiguió, con un esfuerzo, enrollarlo a uno de los brazos de la pinza, inmovilizándola un instante. La presa sobre su cuerpo se aflojó lo suficiente para permitirle alejarse, y sin pérdida de tiempo puso en acción su unidad antigravitatoria.

Zenowsky quedó un poco asombrado al verle aparecer de aquella forma tan repentina, para quedar flotando a unos metros sobre el agua y suspendido a la inversa del cable sujeto a algo que le era imposible distinguir. Dedujo, lógicamente, que se trataba del *torpedo*, y cuando Ned descendió a su lado se dispuso a ayudarle a sacarlo del agua.

—Espera —le contuvo Stacey—. Atemos este extremo a un buen árbol, y dame tu cable de seguridad.

Acababa de ocurrírsele una idea para extraer el *torpedo* con relativa sencillez. Posiblemente las fuerzas de los dos, reunidas, no lo lograrían en varias horas.

Volvió a descender. El *cangrejo* había reintegrado su atención al

primer juguete, y Ned se dijo que iba a resultar difícil apartarle de allí el tiempo que necesitaba. Por tanto, decidido a acabar cuanto antes, y confiando en el traje espacial para su defensa, se lanzó hacia la navecilla.

Había logrado sujetar el gancho a un hueco especial del fuselaje, y se disponía a apartarse cuando algo le atrapó por una pierna. Seguramente, se dijo que, de no llevarla protegida, se la habría amputado en menos de un segundo; aún así temió por una fractura de la articulación de la rodilla, y su bota libre descargó un tremendo golpe en el óseo apéndice que le había capturado.

Nada. El monstruo no pareció enterarse de que el golpe le había hundido una porción de la acorazada pinza. Stacey siguió prodigando sus patadas, siempre en el mismo sitio, hasta lograr su objetivo. La enorme presión que aplicaba la bestia sobre su pierna acabó por quebrar el lugar resentido, y Ned quedó libre.

Ahora, el monstruo era menos peligroso… aunque no mucho. Lo perdido en capacidad ofensiva lo compensó con creces cuando el rudimentario sistema nervioso pudo transmitir a su diminuto cerebro el dolor de la herida: se agitó en un enloquecido torbellino, golpeando, mordiendo a ciegas, mientras Ned daba vueltas a su alrededor con el cable en la mano.

Por fin logró lo que buscaba. Un rápido movimiento le permitió sujetar la resistente fibra a la otra pinza y, cumplido su objetivo, regresó junto a Zenowsky.

—No te preocupes si ves que el cable hace movimientos raros —le dijo, refiriéndose al que habían atado al árbol, a cierta distancia de la orilla—. Tú limítate a mantenerlo tenso, haciéndolo correr en torno al tronco. No es necesario que trates de forzarlo, pero ¡no permitas que ceda ni un solo milímetro!

—Oye… ¿estás bien? ¿No sientes dolores de cabeza… ni nada por el estilo? —quiso saber el capitán, no muy seguro de que la tensión de las últimas horas no hubiera acabado por quebrar la resistencia mental del periodista.

Ned se limitó a sonreír… y volvió a zambullirse.

Su tarea era mucho más sencilla ahora: provocar al monstruo para que le siguiera… arrastrando al mismo tiempo el pesado *torpedo*.

Lo consiguió con más facilidad de la que esperaba. Aquel objeto

extraño que llevaba a rastras impedía al animal desenvolverse con la agilidad acostumbrada y dar aquellos saltos tan sencillos en otras ocasiones. De vez en cuando se detenía, desanimado al comprobar que la presa siempre estaba fuera de su alcance, pero después continuaba en su seguimiento.

Zenowsky estuvo a pinto de perder el sentido cuando vio emerger del río el extraño espectáculo. Sin embargo, comprendiendo pronto de qué se trataba, redobló sus esfuerzos con la colaboración de Ned.

El animal trató, al principio, de resistirse a salir del agua; pero aquel objeto tan molesto que tiraba de él no le daba mucho donde elegir: cada movimiento era un paso más hacia la muerte, y poco después el *torpedo* quedaba en seco también.

Lucila no esperó un segundo a liberarse de la prisión metálica, donde tan mal rato acababa de pasar. Tenía los nervios destrozados por completo, y se abrazó a Ned sollozando entrecortadamente.

—¡Oh, Ned! ¡Creí que no volvería a verte más! ¡Cuando esa horrible bestia…!

—No llores, pequeña —susurró él, echándole hacia atrás el casco para besarle la cabellera—. Todo ha pasado ya. Y no des estos espectáculos delante de Zeno. ¿Qué concepto va a formar de nuestra profesión? Dirá que somos blandos y… y…

No siguió, porque las palabras, pese a la humorística entonación que había querido darles, se le atragantaban. Él también había tenido que realizar un supremo esfuerzo para mantenerse ecuánime y sereno, aunque en el fondo apenas llegó a temer por la seguridad de Lucila.

Zenowsky acudió en su ayuda, trayéndoles al momento actual.

—Ya estamos aquí, poco más o menos en el mismo sitio que cuando nos hemos venido al suelo. Y, si queréis que os diga la verdad, ese bicho estará muy bien sujeto, pero no me gusta su compañía. ¿Por qué no emigramos?

Lucila se encasquetó una escafandra para utilizar su unidad antigravitatoria; cruzaron de nuevo el río, cargados ahora con el máximo de equipo que les fue posible transportar, y, luego de un cuidadosa escrutinio de la estación que habían inutilizado, prosiguieron la marcha hacia la base.

Habían aprendido mucho, especialmente algo de gran interés

para ellos: que los proyectores que lanzaban las diabólicas esferas rojas estaban diseñados para luchar contra aparatos voladores únicamente. Cualquier cosa situada a menos de dos metros de altura quedaba de su alcance.

Esto les permitió adentrarse en las líneas defensivas sin sufrir ningún serio tropiezo, y un par de horas después alcanzaban el núcleo principal de la base.

—Parece desierto... —murmuró Zenowsky—. ¿Será posible que todo funcione automáticamente, y no haya dotación viva por parte alguna?

—No se ven senderos —agregó Ned—. La vegetación de la selva crece hasta el pie mismo de los edificios y sobre los techos.

—Entremos aquí mismo —Zenowsky señaló un bajo edificio, carente de puerta.

Pero, en el momento iban a trasponer el umbral, sonó en el interior un extraño ruido corno de pesado caminar, y Lucila lanzó un desgarrador grito de pánico al ver lo que se les venía encima.

* * *

En un planeta que giraba en torno a un sol blanco y de pequeño tamaño, aunque de enorme densidad, casi en el mismo centro de aquel sector de la Galaxia, se alzaba una colosal cúpula transparente, rodeada de otras menores. Desde el espacio no podía verse movimiento alguno en su interior.

Aquellas cúpulas eran el único signo de que alguna vez hubiera habido seres vivos en el planeta. Todo él era un desierto arenoso, barrido por los vientos; sólo muy raramente cruzaban el cielo tenues nubes indicadoras de que todavía quedaba una mínima cantidad de agua disuelta en la atmósfera cuyo oxígeno había sido fijado casi por completo a las rocas del suelo.

Era un mundo muerto... a excepción de las cúpulas.

En el enorme edificio cúbico que ocupaba la casi totalidad de la mayor, se encendió una diminuta lucecilla, que parpadeó en un cuadro de instrumentos que ocupaba las cuatro paredes de una grandiosa estancia sin acceso visible desde el exterior.

—Aquí, Cuartel General —dijo una voz en respuesta. El idioma era una especie de gorjeo, inarticulable para una garganta humana.

—Subjefatura del Sector XII al habla. Desearía comunicación con Alto Mando.

Se hizo un brevísimo silencio. En otro lugar del edificio ardió una nueva luz anaranjada.

—Alto Mando. Te escucho, Sector XII.

—Comunicación urgente. Para el oficial de guardia.

—No se halla aquí. Transmite tu informe y le será entregado apenas llegue,

—Nave extraña fue captada por nuestros escuchas en los confines del Sector. Enviada una escuadrilla a apresarla, fue, al parecer, destruida. La nave siguió su curso, presentándose inopinadamente en la Base de la Subjefatura. Iba dotada de armamento de gran potencia y sus defensas eran impenetrables al poder de nuestras naves. Destruyó toda la flota, pero las defensas de tierra lograron averiarla al acercarse demasiado. Se alejó por el espacio hasta salir del sistema.

—Informe recibido —replicó la voz de Alto Mando—. Aguardad la respuesta, junto con nuevas instrucciones. Serán enviados refuerzos cuanto antes.

La comunicación quedó cortada.

CAPÍTULO IX

Ignorando la ruta seguida por el *Achilles*, Andy Jacques perdió unas horas preciosas. Tuvo necesidad de trazar una amplía espiral con centro en el sol del sistema, y sólo a la cuarta vuelta, cuando ya se había alejado varios millones de kilómetros del planeta más remoto, consiguió localizar a la enorme astronave.

Por medio de la radio subespacial lanzó una llamada.

—¡*Achilles*! ¡*Achilles*! ¡Responda!

Nada. El crucero parecía muerto.

Con el corazón en la garganta, Andy lanzó su pequeño *torpedo* en la dirección que le indicaban sus detectores. Pero solamente pudo captar algo cuando se hallaba a un centenar de kilómetros de distancia, y no se trataba de una llamada en respuesta a la suya:

—Pásame el soldador, Jo.

El equipo del comandante Hsuan estaba trabajando a marchas forzadas para reparar las múltiples averías sufridas por la nave en su último encuentro.

Andy quedó desolado cuando, luego de dejar su diminuto vehículo amarrado al casco del *Achilles*, ya que no funcionaban las esclusas mecánicas, pudo introducirse en su interior por uno de los accesos individuales operados a mano.

Nada funcionaba allí dentro, salvo los más imprescindibles servicios a los que se habían tenido que incorporar unas rústicas dinamos presurosamente fabricadas. El cuadro de oficiales estaba reunido en la sala de control, en contacto con los respectivos subordinados por medio de las radios de sus trajes espaciales, y ni una sola pantalla o indicador aparecía en funcionamiento. Los rostros alargados y el casi absoluto silencio que reinaba entre ellos decían más que lo hubieran hecho las palabras.

Apresuradamente, Andy se acercó al almirante Wami. Éste no se hallaba de humor para protocolos y le espetó, apenas echarle la vista encima:

—¡Teniente Jacques! ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—En el *torpedo* que utilicé para rescatar al capitán Zenowsky y a Ned Stacey, señor. Les andaba buscando.

—¿Dónde están ellos y la señora Stacey?

—En el cuarto planeta del sistema, señor. Su nave no podía

hacer un recorrido largo, y el capitán ha preferido permanecer allí mientras yo trataba de localizar al *Achilles* y enterarme de lo ocurrido.

—Bien hecho —asintió Wami,

—¿Es muy grave la avería? —quiso saber el muchacho.

—¿La avería, dice usted? ¡No hay mecanismo a bordo que no esté más o menos afectado! ¡Unas condenadas esferas rojas lograron atravesar las pantallas defensivas y sorbieron toda la energía, fundiendo, de paso, la mayor parte de los conductores! El *Achilles* esta indefenso por completo.

—Si mi *torpedo* puede servir para algo, señor... Tiene casi íntegras sus reservas, y...

Hsuan no le dejó terminar el ofrecimiento. Impulsivamente le asió del brazo, preguntando:

—¿Dónde lo tiene, teniente? ¡Es, precisamente, lo que nos hacía falta! ¡Una fuente de energía!

Todos los rostros se volvieron hacia él.

—¿Y eso, comandante? ¿Qué solventará con tan poca cosa? —el almirante se mostraba dudoso.

—¿Poca cosa dice, señor? ¡Bastará, ya lo creo! —el normalmente impasible rostro del oriental se mostraba ahora excitado—. Lo destrozaremos por completo, pero es la única forma de poner en marcha el generador principal...

—¿Cómo? ¿El generador principal? —saltó a su vez Wami—. Yo creí que estaba averiado seriamente...

—Lo estaba, almirante. Pero es lo primero que hemos reparado. Únicamente necesita un buen impulso para echar a andar,

—No me lo había dicho, Hsuan —acusó el almirante con un peligroso brillo en los ojos.

—El único medio de hacerlo funcionar que teníamos a nuestro alcance era ir almacenando penosamente la energía necesaria —se excusó el hombre—. Eso nos hubiera costado un mes con los medios de que disponemos, señor; era inútil decir que estaba reparado cuando, de todas formas, seguía inservible.

—¡No discutamos más! ¡Hágalo funcionar en el acto! ¡Aunque aniquile toda la dotación de *torpedos* de a bordo!

—Vamos; Jacques —Hsuan empujó no demasiado suavemente a Andy, llevándolo consigo.

Arrastrado por la euforia del otro, Andy salió al exterior, portando un grueso cable que el propio Hsuan se encargó de conectar adecuadamente; luego tendieron la línea por un sinnúmero de pasadizos hasta llevarla al corazón de la astronave, no sin grandes dificultades, por la carencia de campo gravitatorio y la necesidad de hacer todo el trabajo con sus propias fuerzas.

Jacques, casi temblando por la emoción, se situó a un lado, junto al almirante Wami y los demás oficiales que habían trabajado como negros para realizar aquella tarea en un tiempo inverosímilmente breve, dadas las dificultades que entrañaba. Hsuan, con el aire de un prestidigitador que se dispone a extraer un conejo de su sombrero de copa, movió una palanca.

Se produjo un sordo rumor en la enorme máquina. Un panel de instrumentos se iluminó, mostrando varías luces de distintos colores que se encendían y apagaban alternativamente. Algo no debía de ir bien, pues Hsuan realizó un rápido movimiento para interrumpir momentáneamente el flujo de energía. Sudaba de angustia al volver a repetir su acción varias veces.

Poco a poco, el baile de las luces se fue estabilizando hasta fijarse en dos de ellas, una azul y otra amarilla. Andy comprobó que Hsuan seguía con el rostro tenso y mordiéndose los labios, pero ya no osaba interrumpir el contacto.

De pronto se apagaron las luces indicadoras. Con una exclamación de disgusto, el operador pulsó otra palanca introduciendo una nueva tonalidad en el zumbido del generador, y volvió a lucir el destello ambarino.

Hsuan se apartó del cuadro de controles, todavía bajo la tensión de los últimos minutos de prueba.

—Lo siento, señor —anunció—. Funciona, pero a mitad de potencia y con riesgo de volverse a averiar. El *torpedo* ha agotado la energía demasiado pronto y no hemos podido darle todo el impulso que requería.

Wami lanzó una maldición,

—Usted es el especialista en estas cuestiones, Hsuan, ¿Qué cree que puede hacerse?

—Ya se está haciendo —repuso el comandante—. Tengo un numeroso grupo dedicado a terminar la reparación de uno de los generadores. Calculo que esté para dentro de tres horas; en tanto,

iremos almacenando en los acumuladores la energía que produzcamos aquí. Nos será necesaria toda.

—¿Ha hecho bien sus cálculos, Hsuan?

—Mentalmente, desde luego. Ahora puedo disponer de una de las calculadoras, aunque eso suponga hacer un gasto que no podemos permitirnos.

—Hágalo —le apremió el almirante—. Si nos fuera posible disponer de un poco de energía para atenciones urgentes, los trabajos adelantarían mucho. Fahiya también necesita utilizar los detectores para el supuesto de que se nos eche encima, inopinadamente, una flota enemiga.

Hsuan manejó el computador que formaba parte del tablero de control. En un par de minutos pudo entregar el resultado, luego de asegurarse del tiempo que necesitaría su equipo para poner en disposición de funcionamiento el generador auxiliar.

—Siempre que no se produzca una avería antes de lo que calculo, necesitamos alrededor de dos horas para almacenar la fuerza requerida...

* * *

El *Achilles*, luego de emplear una parte de sus escasas energías para estabilizarse en una órbita alrededor de la estrella, aunque varios millones de kilómetros más allá de su planeta más exterior, continuó penosamente la labor de recomponer averías durante cerca de una semana. Sólo al cabo de este tiempo pudo considerarse en disposición de hacer frente a cualquier enemigo que se presentara.

Detor Wami no cometió la imprudencia de meter nuevamente al *Achilles* en aquel avispero. En lugar de ello envió una escuadrilla de *torpedos* de desembarco, bajo el mando del capitán Mogel, que había sustituido a Zenowsky.

Sus órdenes eran, simplemente, rescatar al trío. Andy Jacques indicó la región del cuarto planeta donde habían descendido, y una de las pequeñas naves tomó tierra en el mismo lugar.

Ni rastro del *torpedo* de Zenowsky, que en estos momentos se hallaba a varios cientos de kilómetros de allí, junto a una caudalosa corriente de agua y amarrado al esqueleto de un monstruoso ser

semejante a un cangrejo.

—Pretendían acercarse a la base —dijo Andy—. Quizá una llamada por radio…

No fue pequeña su sorpresa cuando a la primera tentativa les respondió la emocionada voz de Zenowsky:

—¡Gracias al cielo! Temíamos vernos obligados a hacer de Robinsones para siempre en este condenado planeta.

—¿Dónde se encuentran? ¿Necesitan ayuda?

—¿Que si la necesitamos…? Pues, sí, desde luego; para salir de aquí. En cuanto a nuestro paradero, estamos en el mismísimo cuartel general de la base.

—¿Prisioneros? —terció Jacques.

—¡Quiá! ¡Aquí no hay nadie más que nosotros, ni creo que lo haya habido en varios cientos de años! Tuvimos al principio algunos encuentros algo desagradables con unos bichejos de la particular fauna de este mundo que, por cierto, no tiene nada de hermosa; habían sentado sus reales en los edificios donde les fue posible penetrar, pero ya nos hemos hecho los amos…

El capitán Mogel atajó la exuberante verborrea de su colega.

—Está bien, Zeno. Vamos para allá. Mantén abierta la emisora para que podamos guiarnos, y…

—¡No lo intentes, Mog! ¡No llegaríais nunca!

Totalmente desconcertado, Mogel se quedó mirando a Jacques. ¿Estaría loco su amigo?

—Pero, oye, Zeno; yo, lo único…

—¡No me hagas ahora la jugarreta de creerme tocado de la escafandra, compañero! —rió Zenowsky—. Lo que ocurre es que aquí todo funciona tan perfectamente como si lo hubieran acabado de instalar, y en cuanto os acerquéis saldrá a recibiros un comité de esferas rojas. Descended donde lo hicimos nosotros.

—Allí estarnos,

—Bien, pues. Tomad el arroyo…

Y seguidamente les facilitó las instrucciones precisas para llegar hasta donde les aguardaban, con la menor pérdida posible de tiempo.

A partir de este momento la dirección dejó de estar en manos de los náufragos, cuya única tarea consistió en esperar la llegada de sus amigos. Un grupo de comandos, encabezados por Mogel, lo

hicieron en poco tiempo, mientras los demás regresaban a bordo del *Achilles* para comunicar la noticia de que el enemigo no era tal... mientras anduvieran con cuidado de no excitar sus defensas automáticas.

La gigantesca nave se cernió en el espacio próximo al planeta, aunque a prudente distancia de sus proyectores de largo alcance. El comandante Bedam, con su equipo investigador, invadió la base dispuesto a no dejar de escudriñar rincón alguno.

Pero los rincones eran muchos... y no escasa la información. Bedam realizó verdaderos milagros descifrando el funcionamiento de mecanismos que los científicos terrestres no habían soñado en inventar, instaló aquellas endiabladas armas defensivas a bordo del *Achilles*...

Sin embargo, Ned no era feliz. Detor Wami, luego que pareciera haber cedido en su animosidad hacia él, había reanudado sus hostiles comentarios y zancadillas... quizá convencido de que, al menos en Zenowsky, estaban haciendo mella las teorías del periodista con respecto al automatismo reglamentario de los militares. El pobre Zeno había pagado las consecuencias: un mes de arresto con triples guardias, y ni la locuacidad de Ned había podido librarle esta vez, por la sencilla razón de que Wami se negó a escucharle.

Motivos del castigo: emprender una acción, invadiendo el campo enemigo, sin previas órdenes al respecto. Cierto que se había corrido el riesgo de que les capturasen y les sonsacaran informes vitales, pero... En concepto de Stacey, esta trasgresión quedaba compensada con los magníficos resultados obtenidos.

Esto mismo estaba diciéndoles a Zenowsky y Bedam en el salón de oficiales donde el primero permanecía confinado.

—No veo por qué ha debido hacer una cosa así. En definitiva, tú formabas una unidad independiente. Lo cierto es que ignorabas siquiera si alguna vez ibas a incorporarte de nuevo a la dotación del *Achilles*. ¿Por qué no podías actuar por tu cuenta?

Zenowsky movió negativamente la cabeza.

—Era inútil tratar de hacerle razonar. Ni lo intenté siquiera. De todas formas —agregó, sonriendo—, mañana termina el arresto.

—¡Pero no deja de ser injusto! —protestó Lucila.

—Lo que me revienta más —arguyó Ned— es que quizá la culpa

fuera mía. Al menos fui yo quien sugirió la idea. Pudiste habérselo dicho: a mi no le hubiera sido tan fácil *empaquetarme*.

—¡Tonterías! —dijo Zenowsky, rechazando la argumentación con un gesto. Luego se volvió hacia Bedam—. ¿Qué has sacado en claro por ahí abajo?

—¡Oh, muchas cosas! —sonrió éste—. Precisamente ahora iba a presentar mi informe: hemos localizado unas cartas estelares en la programación del cerebro central, y en ellas está especificada la ubicación del planeta de donde reciben las órdenes.

—¡No irás a decirme que una civilización que ha logrado adueñarse de un sector de cinco mil años—luz de diámetro está asentada en un solo planeta! ¡Es absurdo! —apostilló Stacey.

—Yo tampoco acabo de creerlo —asintió el comandante—. Pero no cabe otra respuesta a los datos que hemos obtenido. Si nos guiamos por lo visto hasta ahora, sus bases en el exterior son simples estaciones autómatas, a escala colosal, con flotas espaciales capaces de mantener ocupados a millones de hombres en cada una de ellas. Sin embargo, los indicios son de que hace cientos, quizá miles, de años, no ha posado las plantas en este sistema ningún ser inteligente.

—En este caso, su técnica debe de haber alcanzado un grado inconcebible de perfeccionamiento —apuntó Zenowsky—. Nosotros no somos capaces de realizar unas instalaciones así y conseguir que sigan funcionando por sí solas a la perfección durante una decena de siglos, o más.

—Yo no me pierdo la cara que pondrá *El Ogro* cuando se entere de eso —dijo Stacey, poniéndose en pie—. ¿Vienes; Lucy?

—¡Esperadme! —pidió Zenowsky—. Dentro de unos momentos empieza mi última guardia de arresto. Iremos juntos,

En breves segundos acabó de ajustarse el uniforme y salieron en grupo hacia la sala de control.

Ned había acertado al prometerse un verdadero espectáculo con la expresión de Detor Wami. Al terminar la narración detallada de Bedam, agarró con fuerza los bordes de la mesa tras la que se sentaba, y estalló:

—¿Me ha tomado por imbécil, comandante?

El aludido palideció de contenida cólera. Semejante expresión no podía permitírsela ni siquiera a un hombre que le aventajaba con

mucho en graduación, pero se contuvo. Detor Wami era mal enemigo: ya llegaría la ocasión de pedirle cuentas.

—Es. exactamente, lo que se desprende de los análisis realizados, señor —dijo con voz firme.

—En tal caso me veré obligado a pensar que los informes que les señalaban a ustedes como a los mejores científicos de la Flota estaban equivocados. Semejante conclusión es tan disparatada que no cabe ni en la cabeza de un niño de tres años.

—A pesar de todo, insisto, señor. Todos los hombres que han bajado a tierra han podido comprobar que muchas de las instalaciones habían sido dañadas por la vegetación. Gran parte de los árboles causantes de estos daños cuentan centenares de años de edad, lo cual se corresponde con lo que acabo de decir.

El almirante se acarició la barbilla. Dirigiéndose a los oficiales que le rodeaban, dijo:

—¿Alguien de ustedes tiene alguna observación que hacer respecto al informe del comandante Bedam?

Nadie la tenía, al parecer.

—En ese caso, y puesto que las pruebas parecen irrefutables en el sentido de que este sistema es una base abandonada por sus propietarios, aunque en funcionamiento, creo que lo más correcto será seguir. Hemos perdido un mes —concluyó sentenciosamente.

CAPÍTULO X

Con una idea de lo que buscaban, el *Achilles* progresó rápidamente hacia el centro del sector donde se habían producido las misteriosas desapariciones de naves, que ahora quedaban explicadas.

Sin embargo, quedaba todavía por localizar a la gente que, hasta ahora, había dominado en aquella parte de la Galaxia como indiscutibles dueños. Las instrucciones de Detor Wami eran precisas: tratar de entablar negociaciones amistosas que llevasen, a ser posible, a una asociación federada, o cosa semejante, con los terrestres... o destruir aquella civilización si se mostraba reacia a cualquier arreglo amistoso. Para este último caso contaba, además de los ingentes recursos del *Achilles*, con una primera flota de cien mil naves que acudiría instantáneamente a cualquier llamada y, de ser necesario, el resto de la Fuerza Espacial, en la que era uno de los almirantes con mayor graduación.

El progreso no lo realizaron sin obstáculos: en numerosas ocasiones tuvieron encuentros con escuadras de aquellas naves automáticas que les salían al paso cuando menos lo esperaban. Pero el *Achilles*, aumentada su potencia con la adquisición de los proyectores de esferas rojas absorbentes de energía, era demasiado enemigo para ellas e iba dejando a su paso una estela de astronaves autómatas que vagarían para siempre en el espacio, desprovistas de toda fuerza que las impulsara o diese vida a los robots que formaban su tripulación.

Una desagradable sorpresa les aguardaba al término del viaje: en aquella sección del espacio no había ninguna estrella que se correspondiera con la que buscaban. Más concretamente, el planeta que buscaban no estaba allí.

La escena que siguió a esta decepción en la sala de mando no tuvo nada de divertida, con Detor Wami descargando un torrente de sangrientas alusiones dirigidas al comandante Bedam y a su *inepto* equipo investigadores.

—¡Y el Mando me ha obligado a cargar con todos ustedes a fin de que lográramos un mayor éxito! —berreó—. ¡Las carcajadas resonarán durante años por toda la Vía Láctea! Y yo, el único que tiene una idea de lo que lleva entre manos, seré la burla del

Universo, ¡únicamente por culpa de ustedes! ¿Pueden decirme qué hemos conseguido en los dos largos meses que llevamos dando vueltas por aquí? ¡Nada en absoluto! ¡Peleamos tontamente con unos cuantos robots, pero sin adelantar un solo paso en nuestro objetivo!

Los oficiales estaban tan apabullados, que eran incapaces de reaccionar ante aquella avalancha de recriminaciones. Tuvo que ser Ned Stacey quien tratara de encontrar la solución.

—¿Me permite unas palabras, almirante? —dijo, sin abandonar la cómoda postura que había adoptado en su acostumbrado asiento.

—Dígalas, si le place, Stacey. Unos minutos más de escuchar idioteces no nos harán mucho daño cuando tanto tiempo llevamos perdido. .

—Gracias —Ned inclinó la cabeza, como si hubiera escuchado un cumplido—. He estado pensando en lo que el comandante Bedam dijo haber averiguado...

Calló, como si se hubiera perdido en sus propios pensamientos. Wami, impaciente, tuvo que apremiarle.

—Continúe, Stacey.

—Según Bedam, hacía muchísimos años que nadie se acercaba a aquellos lugares, ¿no es así?

—He estado a punto de convencerme de ello, a fuerza de darle vueltas —concedió el almirante—. Hoy día ya no opino igual, pero lo aceptaremos. ¿Qué conclusión saca usted de ello?

—Pues que, como todo el mundo sabe, las estrellas no permanecen inmóviles y que, cuando más alejadas están del centro de la Galaxia, mayor será, con el transcurso del tiempo, su desviación respecto a las interiores.

Un pesado silencio se hizo en la estancia. Aquellos veteranos astronautas no habían pensado en algo que era el abecé en cualquier escuela de párvulos.

Ned les disculpó en su fuero interno. Detor Wami era de la clase de jefes que convierten en cretinos a sus más inteligentes subordinados, sólo porque les impiden el curso natural de ideas con su despótica personalidad. En cuanto al propio almirante, no tenía nada de extraño que tampoco hubiera caído en tan sencilla explicación... por el simple motivo de que, para sí, deseaba que Bedam estuviera equivocado.

Era una simple cuestión psicológica que, en concepto de Stacey, debía achacarse íntegramente a Detor Wami. No dio voz, sin embargo, a este pensamiento, limitándose a encender un cigarrillo, mientras los navegantes introducían presurosos datos en los computadores.

El cálculo no resultó complicado, una vez enterados de lo que buscaban. En menos de diez minutos, el *Achilles* había cambiado su rumbo para dirigirse a una pequeña estrella blanca, no demasiado lejana...

Sólo entonces, el almirante se dignó fijarse en el periodista.

—No es usted tan necio como le creí, Stacey... o ha tenido un golpe de suerte esta vez. Supongo que nos tendrá por unos ineptos.

—De ninguna forma, excelencia —sonrió Ned amistosamente—. A mí entender se trata de un error perfectamente explicable.

Wami sabía el camino seguido por la frase de Stacey. Se limitó, pues, a asentir en silencio, temeroso de que más palabras les llevaran a una discusión... en la que él no tendría muchas posibilidades de salir vencedor.

Poco a poco, la estrella que era su meta fue haciéndose más discernible en los detectores manejados por el teniente Fahiya. Un solo planeta de regular tamaño giraba en torno al blanco sol central, acompañado por una docena de satélites distribuidos en dos órbitas perfectamente circulares.

El espectáculo era demasiado extraordinario para que nadie a bordo dudase un solo segundo de que aquellos satélites eran artificiales. Sus dos órbitas eran perpendiculares entre sí, y en cada una de ellas habían seis esferas de fantástico albedo para no ser consecuencia de superficie de metal pulimentado. Cada satélite estaba separado exactamente por la misma distancia del que le precedía, y entre todos ellos formaban una cadena de geométrica regularidad.

El *Achilles*, prudente, se ancló en órbita a una respetable distancia, mientras sus ojos mecánicos escrutaban hasta el último detalle del conjunto,

—No hay la menor duda en cuanto a la naturaleza de esos satélites —comentó Bedam, que trabajaba utilizando en parte los instrumentos de Fahiya—. Son metálicos y huecos: la órbita, velocidad y tamaño no están de acuerdo para un cuerpo estelar

normal, aunque su densidad fuera la mínima concebible. Las superficies aparecen recubiertas de placas de silicio para captar la energía solar y, posiblemente, convertirla en electricidad.

—¿Puede distinguir en ellos algo semejante a armamento? —pidió Wami.

—Es muy difícil precisar a esta distancia —reposo el investigador—. Sin embargo, la deducción lógica...

—¡Deje las deducciones a un lado para sus ratos de ocio, comandante! —se irritó el jefe de la nave—. ¡Quiero hechos concretos!

—Muy bien, señor: las superficies son totalmente lisas. La órbita más cercana al planeta se halla a unos veinte mil kilómetros, y la otra, la polar, un millar de kilómetros más lejos.

—Sigan observando —comandó Wami—. Informe sobre el planeta en sí.

—Su aspecto es el de un mundo muerto, sin rastro de vegetación ni agua, salvo una mínima cantidad en suspensión en la atmósfera. En medio de una llanura hay una serie de cúpulas transparentes —la pantalla reflejó la imagen que describía el comandante—, en cuyo interior se vislumbra lo que parecen edificios... Tampoco se distingue armamento alguno.

—Con esos datos no tenernos suficiente para trazar un plan —rezongó el almirante—. Daremos una vuelta en torno al planeta para observarlo en toda su superficie.

La cara nocturna no presentó problema a la observación, ya que los detectores no necesitaban de la luz para funcionar. Cuando hubieron terminado el circuito, sus conocimientos sobre el misterioso planeta muerto apenas se habían incrementado: toda su superficie era un desierto uniforme, atravesado únicamente por erosionadas cadenas montañosas y batido por continuos vendavales que alzaban ingentes cantidades de arena hasta ocultar grandes extensiones del suelo.

—Para averiguar algo, tendremos que movernos —decidió el almirante—. Capitán Zenowsky, envíe un cohete perforador contra una de esas esferas.

El arma salió de su tubo lanzador a terrible velocidad. Breves minutos la llevaron a su destino y se zambulló en la coraza según lo previsto... Pero instantáneamente dejó de emitir señales cual si

hubiera desaparecido del Universo.

Detor Wami frunció el ceño. Aquello no le gustaba en absoluto, pues había perdido un cohete sin lograr ningún resultado a cambio.

—Lance una andanada de veinte, Zenowsky —insistió.

Idéntico comportamiento. Apenas desaparecidos tras la superficie del satélite elegido para la experiencia, la veintena de cohetes se esfumaron sin que se pudiera observar ningún efecto en el imperturbable globo metálico.

Irritado, el almirante ordenó una acción imprudente: aproximarse más; Ned Stacey abrió la boca para discutir la cordura de aquella medida; pero, comprendiendo que era inútil, optó por callarse.

E1 *Achilles* volvió a estabilizarse, ahora a cinco mil kilómetros de distancia de una de las esferas. Esta vez, sin embargo, el centenar de cohetes que ordenó lanzar a Zenowsky iban dirigidos a las metálicas cúpulas de la superficie del planeta.

Los proyectiles, cuando se encontraban a unos cientos de metros de su blanco, se extendieron en abanico, cambiaron de rumbo para regresar hacia el espacio y fueron a sepultarse blandamente en los satélites que circundaban el planeta.

Ned miró de reojo a Detor Wami; estaba blanco de rabia, y durante unos momentos no supo qué decisión tomar. Afortunadamente, Bedam, que no había cesado de estudiar las extrañas esferas metálicas, anunció un nueva descubrimiento.

—Los cohetes no han practicado ningún orificio en las cubiertas, señor. Al parecer, algo que emana de ellas, los disuelve antes de que lleguen a tocarlas, y luego los absorben.

Un sinnúmero de tentativas con todo el armamento que llevaban a bordo dio el mismo resultado. Tanto las cúpulas como las esferas parecían invulnerables a toda suerte de ataques.

Detor Wami parecía a punto de estallar. Había esperado encontrarse con una resistencia organizada, más potente que las que le salieron al paso hasta ahora; lo que no se le había ocurrido en forma alguna era que la tal resistencia fuera simplemente pasiva.

—¡Es imposible que no haya un medio de vencerles! —rugió, desesperado—. ¡Capitán Zenowsky! ¡Envíe una escuadrilla de desembarco!

El aludido le miró como si se hubiera vuelto loco. Aquello

sobrepasaba, en tales circunstancias, a cualquier cosa concebible,.

—Es lo mismo que condenar a muerte a los hombres, señor... —resistió débilmente.

—¡Haga lo que le he dicho! ¡La responsabilidad es únicamente mía!

—Iré yo mismo... pero solo —decidió Zenowsky finalmente.

—¡Un momento, por favor! —intervino Stacey, atajando a su amigo en la acción de salir. Acababa de ocurrírsele una idea—. Creo que el almirante ha acertado en lo que debe hacerse. Si me permiten aclarar unos puntos...

Era, posiblemente, la primera vez que Ned se ponía al lado de Detor Wami. Incluso éste quedó asombrado y no tuvo fuerzas para negarse a escucharle.

—Diga, Stacey. Cualquier sugerencia es bien recibida en estas circunstancias.

—Supongo que desde aquí se ha seguido el comportamiento de los cohetes. ¿Puede decirme alguien si esa desviación del rumbo fue debida a alguna fuerza que los rechazó, o a que, simplemente, fueron sus mecanismos impulsores los que les llevaron en una dirección distinta a la ordenada?

—Es de suponer... —empezó Bedam.

—No, por favor, comandante —insistió Ned—. No quiero suposiciones, sino realidades. ¿Qué ocurrió?

—Nuestra creencia fue que algo los desvió, rechazándolos. Hubo un tiempo en que los aparatos robot podían ser desviados de su objetivo por medio de ondas de radio que interferían en sus órdenes. Pero aquello fue superado hace tantos siglos que, prácticamente, hoy es imposible.

—Imposible... para nosotros, claro —dijo el periodista—. Pero ¿absolutamente imposible?

—No, desde luego. Y, puestos a entrar en ese camino, yo diría que una cosa así es lo que ha ocurrido —concluyó Bedam.

—Entonces, si enviamos una escuadrilla como ha dicho el almirante, y los aparatos van dotados de controles manuales, no cabrá esa interferencia —dedujo Ned.

—¡Es demasiado peligroso para que yo lo apruebe! —intervino Zenowsky—. ¡Se trata de mis hombres!

—Podemos hacer la prueba con un cohete con los mandos

bloqueados. Disparándolo desde aquí no será demasiado difícil que acierte en cualquier parte del planeta.

La idea de Ned no fue discutida por nadie... ni siquiera por Detor Wami. Se lanzó el proyectil con cabeza de guerra atómica, y diez minutos después se producía una gigantesca explosión en el desierto, a unos centenares de kilómetros de las cúpulas.

Un arma modernísima, readaptada para realizar el trabajo de otras que únicamente en algún museo podían ser vistas como simples curiosidades, había demostrado ser superior a sus contemporáneas.

En unos instantes la actividad a bordo del *Achilles* llegaba a la ebullición. Cientos de hombres se preparaban para la última parte de la aventura, preguntándose cuántos de entre ellos, se quedarían allí abajo.

Ned tenía la respuesta... o creía tenerla.

—Temo que todo va a resultar más sencillo de lo que parece.

* * *

—Y, en efecto, resultó sencillísimo. Creo que es la conquista más barata en sangre que la humanidad ha realizado en mucho tiempo.

—Sí, claro, claro —ironizó Gam Turis, un hombrecillo de cutis bilioso que tosía sin cesar—. Ahora parece todo tan simple, pero ¿puedes decirnos cómo adivinaste lo que iba a ocurrir?

Se encontraban en el mismo lugar donde tuvo la entrevista de Ned Stacey y Dave, su jefe. Sólo que ahora asistían a la reunión Lucila Stacey y el redactor principal de la PRESS.

Dentro de unos momentos iban a asistir a la proyección privada de una selección de secuencias de la aventura recién terminada. Aquello sería sólo el principio, ya que había material suficiente para proporcionar noticiarios durante meses, sin necesidad de repetirse. La cosa había sido un éxito en todos los terrenos, como diría más tarde el mismo Gam Turis, no demasiado aficionado a reconocer tales cosas ante sus subordinados.

—Simple deducción, amigo mío —sonrió Ned—. Era la única consecuencia lógica después de lo que habíamos descubierto hasta entonces. Astronaves de guerra, verdaderas flotas de ellas, sin tripulación alguna: simples máquinas, más o menos perfectas... Una

base colosal —y luego supimos que hay docenas de ellas distribuidas por aquella parte de la galaxia— en perfecto estado de funcionamiento, pero desatendida durante siglos... Una estrella que figuró en cartas atrasadas cientos o miles de años...

Se interrumpió con gesto teatral, consciente de la expectación que mantenía en vilo a sus interlocutores. La más tranquila era Lucila... porque ya había pasado antes por la misma prueba.

—Continúa... —le apremió Dave, echándose hacia adelante.

—No cabe más que una consecuencia a todo eso: que un cataclismo de alguna especie ha aniquilado por completo a la raza que produjo tales maravillas.

—¿Por completo, dices? —Gam Turis puso en duda sus palabras con un fruncimiento de ceño—. ¡Eso es imposible, estadísticamente hablando!

—También lo sé —Ned había pensado mucho en el tema y tenía respuesta para, prácticamente, todas las objeciones—. Por una parte, ahí tenéis el hecho concreto de que existe la tal imposibilidad estadística. Por otra, yo no he afirmado nunca que la aniquilación haya sido absoluta... o no ha sido, al menos, ésa mi idea. Admito que, quizá, más o menos pronto, encontremos en algún planeta a los restos vivientes de los seres que produjeron semejante civilización. Pero serán unos individuos embrutecidos, salvajes, sin memoria de la grandeza de que fueron poseedores o, tal vez, conservándola en forma de leyendas y tradiciones fantásticas, sin demasiados puntos de contacto con la realidad.

—Si... —asintió Dave, pensativamente—. Es muy posible que ocurra así. Incluso podríamos encontrarnos con que están levantando una nueva civilización a partir de la nada, o pocos menos...

—O varias. Esos restos pueden encontrarse presentes en muchos planetas, desligados entre sí —apuntó Lucila.

—En efecto, será interesante si llegamos a hallarlos —confirmó Ned—. Pero, volviendo a lo otro, a lo positivo: el desembarco fue la operación más sencilla que puede imaginarse. No hubo la menor dificultad en penetrar en las cúpulas... y allí estaba, como si dijéramos, el cerebro mecánico de aquella civilización, que se mantenía en pie pese a no servir a nadie. Mi amigo el comandante Bedam había disfrutado anteriormente descifrando los secretos de la

base planetaria; entonces fue la locura para él, cuando…

—¡Un momento! —le interrumpió Dave—. Creo recordar que no tuvisteis allí ningún encuentro con flotas espaciales. ¿Cómo se explica eso?

—Había hangares, tanto en el planeta como en los satélites artificiales. Pero astronaves, ninguna. A alguien se le ocurrió que, con el transcurso del tiempo, podían haber sido enviadas a reforzar bases o sustituir a otras averiadas. Quizá aquello fuera una especie de almacén donde se situaban los últimos modelos hasta que había donde destinarlos… y eran sustituidos por otros más recientes. Sólo que, de pronto, las fábricas dejaron de producir y se interrumpió la cadena.

—Y, como no había otra idea mejor —terminó Lucila—, se aceptó aquella conclusión hasta que los hechos demuestren lo contrario.

—Sí, claro… Sigue, Ned. ¿No habéis hallado indicios sobre las posibles causas de la desaparición de aquella gente en el cenit de su potencia?

—Deducciones se han hecho muchísimas. Sin embargo, precisamente iba a deciros lo que cree haber descubierto el comandante Bedam: se trata de una de aquellas colosales calculadoras que había en la cúpula mayor; al parecer, la utilizaban como archivo, o biblioteca o algo semejante. Bedam se lanzó a descifrar lo que tenía dentro, y encontró suficientes datos para alimentar un aparato traductor. Aun así, la cosa es complicada, pero un poco de aquí y un poco de allá, parece que va obteniendo conclusiones y, con el tiempo, llegará a reconstruir la historia con bastante fidelidad… a no ser que resulte una falsa alarma.

—En resumen, ¿qué es lo que cree haber averiguado?

—Hubo una guerra. No está claro si los enemigos eran oriundos de esta galaxia o habían llegado de otra de las vecindades. La lucha se prolongó durante muchísimos años, con el inconveniente de que los adversarios de estos seres eran una especie de nómadas, aves de rapiña que se lanzaban sobre un planeta, lo despojaban y volvían al espacio para vivir en sus naves. Al carecer da bases fijas, se hacía muy difícil atacarles; hubo necesidad de fortificar todo el…, llamémosle imperio, y dedicar todas las fuerzas a defenderse.

Calló unos instantes, rememorando lo que debió ser aquella

titánica guerra con un enemigo escurridizo que, pese a ser menos fuerte, no se dejaba aplastar.

—Hasta que un día se produjo un ataque sorpresa. Los piratas penetraron profundamente en los dominios de sus adversarios, llegando hasta su capital: el planeta de las cúpulas. Su número era incalculable, pero las defensas los diezmaron hasta aniquilarlos por completo o, al menos; darles un escarmiento definitivo. Sin embargo, habían realizado a la perfección su tarea destructora, y algún arma terrible causó verdaderos estragos entre los defensores, afectando a su mismo metabolismo en forma permanente y hereditaria. La raza fue languideciendo con los años, siempre con la esperanza de encontrar un remedio a su incurable mal, pero éste progresaba implacable y vieron llegar el fin…

Otra vez quedó abstraído unos momentos. Luego continuó:

—Para atajarlo adoptaron dos caminos. El primero, desde el principio, consistió en aislar a los afectados de los planetas que no sufrieron con el ataque; pero aunque lo hicieron pronto, en muchas partes ya se había extendido el mal y, posiblemente, la medida no diera resultado. En este caso, la raza desaparecería sin dejar más rastro que el que hemos encontrado ya.

»La otra medida fue automatizar todas las defensas, preparándolas para resistir milenios hasta que la agonizante raza pudiera resurgir. En esto tuvieron éxito sólo a medias, pues el *Achilles* pudo vencerlos, aunque con dificultades…

—Y ahora, aunque existan en algún rincón perdido de aquel sector —apuntó Gam Turis—, se encontrarán con que han sido desposeídos del legado que les dejaron sus remotos ascendientes.

—No creo que se enteren —dijo Ned—. En todo este tiempo han perdido todos sus vínculos con aquéllos, salvo los de la sangre… si la tienen.

Dave consultó la hora. Con una exclamación de sobresalto, se puso en pie.

—¡Se está haciendo tarde! ¡Nos estarán esperando ya en la sala de proyecciones!

Los demás le imitaron; pero Stacey proporcionó una sorpresa a los redactores—jefe, diciendo:

—Nosotros no vamos. Tenemos qué hacer en otro sitio.

—¿Cómo? —Dave dio media vuelta cuando ya se hallaba cerca

de la puerta—. ¿A dónde vais?

—Supongo que no tendrás otro *trabajito* para nosotros… —insinuó Ned en tono sardónico.

—Pues yo… la verdad… sí, tenía algo… —balbució Dave, levemente avergonzado. Aunque no mucho.

—Tendrás que buscarnos sustitutos. Hemos decidido tomarnos unas vacaciones, y nuestra primera escala será Capella. Luego…

Hizo un gesto vago, como indicando un lugar indeterminado de la Galaxia.

—¿Por mucho tiempo? —preguntó Gam Turis.

—Indefinido. Nuestro gran amigo, el almirante Detor Wami, nos ha invitado a una cacería de *duytils*. No sé qué clase de bichos serán, pero promete ser emocionante… y prolongada. Ya os enviaré el reportaje.

—Pero…

—Adiós, muchachos. Reporteros hay muchos.

Y salió, asido del brazo de su mujer. Los otros dos quedaron mirándose sin saber qué decir. Fue finalmente Dave quien pronuncio unas palabras en voz muy baja:

—… pero ninguno como Ned Stacey. El negocio lamentará su ausencia

FIN